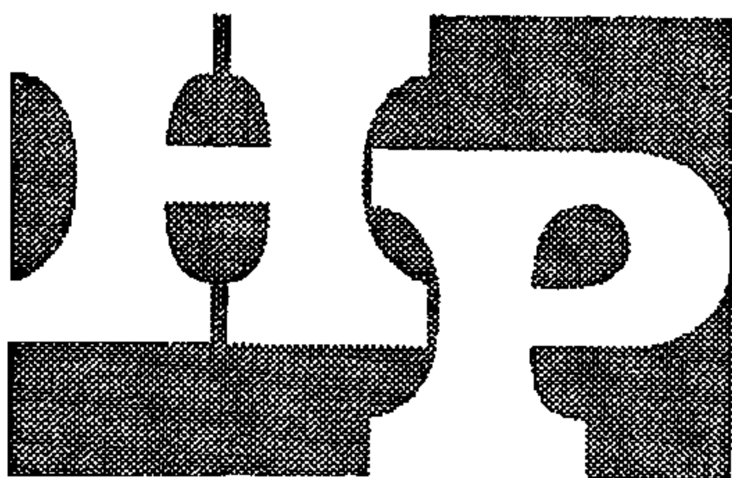


Keith Luger

SI MUERO, PREGUNTE POR WADE





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

SI MUERO, PREGUNTE POR WADE

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 104
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B 40631-1971

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: dicie., 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

Johnny Riley, de doce años, delgado, rostro pecoso y piernas largas, apuntó con el cuchillo hacia el blanco que había trazado sobre el tronco y lo lanzó.

El cuchillo dio cerca del blanco y ello animó a Johnny para intentarlo otra vez.

Al ir a tirar nuevamente, una sombra larga lo cubrió a él y al lugar del blanco.

Johnny se volvió sobresaltado y quedóse mirando al forastero, que lo examinaba con atención.

El hombre era alto, de facciones toscas, mentón acusado y ojos negros, brillantes como ascuas de fuego.

—¿Vives aquí, muchacho? —El hombre señaló la cabaña que humeaba por la chimenea.

Johnny asintió un par de veces.

—Vivo ahí, con mi madre.

El forastero desvió los ojos hacia aquel lugar, y, después de un rato de contemplación, agregó:

—¿Cómo te llamas?

—Johnny.

—¿Johnny qué más?

El muchacho se humedeció los labios.

—Johnny Riley.

Se produjo un breve silencio entre los dos.

El hombre volvió a decir:

—¿Dónde está tu padre?

El muchacho arrugó las comisuras de los ojos.

—Mi padre murió hace un mes.

El hombre alto se mantuvo pensativo unos instantes y durante

aquel rato dejó perder la mirada en la lejanía.

—¿Algún accidente?

Johnny bajó la cabeza y miró al suelo. —Vino herido, de lo alto de la montaña— dijo—. El doctor pudo hacer poco por él. Un par de días después murió.

—¿Cómo fue?

Johnny levantó la cabeza bruscamente.

—Era una herida de bala. Le dio en el pecho y todavía pudo llegar a casa por su propio pie. —Luego agregó—: No pudo decir mucho.

El recién llegado se le quedó mirando fijamente.

—Es decir, nadie averiguó quién lo hizo, ¿no es eso?

Johnny se mordisqueó los labios.

—¡Si…! —exclamó y volvió a bajar la voz precavidamente—. Sí, yo sé quién lo mató.

El forastero se tomó un rato antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Quién fue, muchacho?

En aquel instante apareció una mujer en el hueco de la puerta de la cabaña.

—¡Johnny!

El muchacho se dio un cuarto de vuelta.

—Voy, madre.

—¡Ven enseguida!

El forastero advirtió un centelleo en la mirada de la mujer cuando cruzaba la vista con él.

El chico titubeó unos segundos, pero al fin inició un movimiento.

La mujer volvió a hablar sin quitar los ojos llenos de sospecha del forastero.

—¡Te he dicho muchas veces que no quiero que hables con desconocidos!

El chico separóse del joven y no dejó de mirarlo hasta que cruzó el patio.

El forastero se acercó lentamente a la mujer.

—Buenos, días, señora Riley.

Ella respondió secamente al saludo mientras lanzaba ojeadas al «Colt» del hombre, colocado excesivamente bajo.

—¿Qué desea?

—Me llamo Paul Asker.

—Nunca he oído hablar de usted.

Asker se aclaró la voz.

—Vengo de bastante lejos, señora.

Ella hizo un movimiento de impaciencia mientras la desconfianza aumentaba progresivamente en sus pupilas color marrón.

—Bien, señor Asker. Supongo que está de paso. Tal vez ha pensado que pudiera darle hospitalidad o algo parecido. Pero tengo que decirle algo antes de que abra la boca.

—¿El qué, señora Riley?

—Dispongo de escasos víveres y en esta casa sólo hay lugar para él chico y yo.

—Comprendo.

La madre de Johnny dio un paso atrás y comenzó a cerrar la puerta.

Asker impidió que se acabara de cerrar al apoyarse con una mano.

Ella miró la mano ceñudamente y luego el rostro de Paul.

—Déjeme cerrar.

Asker aflojó la presión poco a poco y habló algo más aprisa por el hueco que empezaba a reducirse.

—Supongo que no le han gustado las preguntas que le he hecho a Johnny.

Los párpados de ella se entrecerraron y le dirigieron una dura mirada.

—Llegué a tiempo de oír algo, señor Asker. Y de veras no me gustó —dijo—. Ahora, adiós —cerró la puerta.

Paul fue a llamar, pero finalmente inclinó la cabeza, se dio vuelta y atravesó el patio lentamente.

Descubrió unos gallineros donde picoteaban media docena de gallinas flacas, y le llegó a la nariz el olor característico del cerdo.

La valla estaba caída y al parecer llevaba mucho tiempo así.

Paul volvió a mirar a la casa y descubrió a la señora Riley que le estaba observando a través de una ventana de cristales sucios.

Ella apretó los labios al entrecruzar la mirada con el forastero y luego se ocultó en el interior de la casa.

Paul estuvo aún unos minutos plantado a un costado de la casa y finalmente empezó a retroceder hacia donde estaba su caballo.

Al volverse vio con sorpresa que el animal estaba flanqueado por dos jinetes que le observaban inmóviles y silenciosos, ligeramente apoyados en las respectivas sillas. Paul continuó acercándose a ellos y sólo se detuvo cuando llegó a unas diez yardas.

—Buenos días, señores —dijo.

El jinete de la derecha dio una chupada al cigarrillo y lo hizo saltar de entre los dedos.

—¿Ha sacado algo en limpio?

Paul dedicó especial atención al individuo que acababa de hablar.

—¿A qué se refiere?

—Hemos visto cómo se acercó al chico de la señora Riley. Oímos también algunas palabras sueltas.

Paul dejó pasar unos segundos y finalmente sacudió la cabeza.

—No. No he podido averiguar nada —dijo—. ¿Quiénes son ustedes?

El jinete interlocutor de Paul respiró con fuerza.

—Yo soy Art y éste es Fred. Usted debe ser, sin duda, Paul Asker.

El interlocutor volvió a asentir.

—De modo que me conocían.

El jinete llamado Art arrugó los labios y sus cejas bajaron, ocultando las pupilas.

—Sabemos unas cuantas cosas de usted.

—Me sorprende un poco. Vengo de bastante lejos.

—Sin embargo —continuó Art—, ya nos informaron de que usted se dejaría caer por aquí.

—Continúe —dijo Paul, y entornó los párpados.

—Sí, Asker. Usted anduvo preguntando esta mañana en un establecimiento del poblado. También se interesó por la familia Riley, pero allí no quisieron ser muy explícitos.

—Es cierto.

Art se enderezó en la silla.

—Bien, Asker. Puede ver que estamos bien enterados de su visita.

—Todo es cierto, señores —afirmó Paul, y observó un cuervo

que planeaba sobre ellos.

El jinete que había permanecido silencioso intervino en aquel momento, mirando a su compañero.

—Bueno, Art. Creo que ha llegado la hora de que nos marchemos, ¿no?

Art cambió con él una mirada y luego la depositó en Asker.

—Podemos acompañarlo hacia el otro lado del valle, Asker. Tendrá que ir nuevamente al pueblo para alojarse.

Paul los estudió y luego tomó el caballo por las riendas.

Sin soltarlas, apoyó el pie en el estribo y saltó a la silla.

Antes de espolear el caballo dirigió una última mirada a la casa y sorprendió la mirada de la señora Riley a través de los cristales.

Ella tenía los ojos muy abiertos y en ellos se reflejaba una intensa alarma.

Paul dejó de mirar.

—Creo que voy a quedarme por aquí una temporada —dijo.

Los dos jinetes que le precedían mantuvieron las miradas a lo largo del camino.

Art dijo por la comisura de la boca:

—No se lo recomendaría, Asker. De veras no le recomiendo se entretenga bajo este sol. Opino que tampoco les gustaría a los habitantes del valle.

Paul estaba atento a los movimientos de los dos acompañantes.

—Sin embargo, esto me gusta. Tomaré un descanso en el pueblo y mañana me dejaré caer de nuevo por estos lugares.

—Malo y desagradable sitio, Asker —dijo Art, y su perfil se endureció al apretar las mandíbulas—. No es para usted.

Paul los miró alternativamente. El cuervo que sobrevolaba le hizo sombra en la cara.

—Ustedes son los hombres de Dan Charles. Estoy seguro.

Los caballos adquirían mayor velocidad al iniciar un ligero descenso.

—Sí, Asker —contestó Art—. Acertó. ¿Oyó hablar de Charles?

Durante un buen rato, nadie despegó los labios.

Paul se mantuvo a la altura de los hombres de Dan Charles.

Un poco después llegaron a las estribaciones del valle, justo entre un pasadizo de rocas.

Paul sostuvo la montura ante la puerta del pasillo, donde

empezaron a detenerse Art y Fred.

Por fin los tres jinetes formaron un círculo al hacer el alto.

El cuervo trazó también un círculo por encima de las cabezas. Art miró con fijeza al forastero.

—Éste es el término del valle, Asker. Ahora sólo tiene que continuar por ese sendero y dentro de unos minutos estará en Bass City.

—Conozco el camino.

Art tosió un par de veces.

—No nos gusta insistir, Asker. Pero Dan Charles nos ha dado órdenes concretas en casos como el suyo. Sólo quiere a la gente de paso. Hablamos claro, ¿eh? El señor Charles es el que se encarga de que todo marche bien por el valle.

Paul no dijo nada.

Art prosiguió:

—Verá. Por estas regiones alguien tiene que resolver las cuestiones. Dan, Charles lo ha hecho hasta ahora y no mal del todo. Los conflictos de mayor importancia han sido sometidos a la autoridad del condado. Hay cuestión de tierras que se llevó al tribunal de Austin porque era de mucha envergadura. Todavía no se ha fallado. En cuanto a lo demás, todo funciona dentro de la ley.

—La ley de Dan Charles —dijo Paul, pensativamente.

Art asintió con un gruñido.

—Sí, amigo. Usted lo ha dicho. —Hizo una pausa y manejó las riendas—. Y ahora sólo nos queda decirle adiós.

Fred cabeceó y se llevó la mano al sombrero.

El cuervo soltó un par de graznidos.

—Gracias por el acompañamiento —dijo Paul, e inició la vuelta.

Los dos jinetes volvieron grupas y repitieron un gesto de despedida.

Paul hizo moverse a la montura.

El cuervo pasó entre los jinetes, que empezaban a separarse, y graznó nuevamente.

Los cascos de las monturas chocaron contra las rocas.

Paul vio por el rabillo del ojo los movimientos cautelosos de Art y Fred.

Ambos llevaban la mano a la culata del arma.

Paul se dejó caer cuando sonaba el primer disparo.

Al mismo tiempo puso el dedo en el gatillo y apretó sin desenfundar.

Los graznidos del asustado cuervo quedaron ahogados por las rápidas detonaciones.

Fred fue el primero en caer, empujado por el proyectil, que lo hizo saltar de la silla. Se arrastró con ambas manos por el polvo, miró con ojos desorbitados a Asker y luego se dejó caer para siempre.

Art soltó los revólveres y se aferró con fuerza al cuello del caballo, pero se debilitó en pocos segundos y aflojó los dedos. Resbaló sobre la silla y cuando cayó al suelo ya estaba muerto.

Paul se mantuvo inmóvil, las pupilas fijas en las botas de Art.

El cuervo siguió graznando, pero ahora se había remontado a gran altura.

Paul alzó la cabeza y lo miró hasta que se convirtió en un punto negro, como una pequeña mancha en el cielo.

CAPÍTULO II

La propiedad ocupaba una ancha extensión en la falda de la achatada colina.

Paul arrastró la cabalgadura por las riendas y se dirigió hacia los muros de piedra que se abrían en arco a la entrada del patio.

Dejó el caballo suelto y atravesó el pórtico.

Los dos hombres que estaban a un lado se volvieron bruscamente al verlo, y las manos corrieron hacia las armas.

—¿Qué se le ha perdido, amigo? —preguntó el que estaba en primer término, un individuo de cara ancha.

Paul dejó de observar la estructura de la casa.

—¿Dónde está Dan Charles?

Los dos sujetos se miraron durante un segundo.

El de la cara ancha achicó los ojos.

—¿Usted quiere hablar con el patrón?

Paul se acercó.

—Quiero ver a Charles.

Los dos tipos no le quitaron ojo y, finalmente, el de la cara grande se humedeció los labios.

—Sería mejor que empezara a explicarse, amigo. ¿Para qué lo quiere ver?

En aquel instante un tercer individuo se dejó ver en la puerta central de la casa.

—Dejadlo, muchachos —dijo a los dos sujetos de la puerta.

Paul se hizo cargo de él.

Tendría casi dos metros de estatura, era de cabeza gruesa y anchos hombros caídos.

Paul anduvo hacia él y lo siguió adentro del patio.

—¿Usted es Dan Charles?

El sujeto se le acercó para dejarle ver todo el cuerpo. Paul recibió una oleada de su aliento.

—No soy yo. —El hombre hizo una mueca—. Pero puede contarme a mí todas sus penas.

—¿Dónde queda Charles?

El individuo alto desvió la mirada hacia la planta baja y luego la puso en el recién llegado.

—¿De modo que se empeña? —dijo—. Sí, usted es de ésos. ¡Vaya que sí!

Alargó una mano y tomó el antebrazo de Paul, sometiéndolo a una presión terrible.

Los dos hombres se miraron a los ojos, pero ninguno de ellos jadeó durante la tensión de los músculos.

Paul hizo un movimiento brusco hacia atrás que sobrepasó las enormes fuerzas del hombre a las órdenes de Charles.

El sujeto de dos metros se vino abajo y el suelo tembló ligeramente.

—¡Veremos…! —empezó a incorporarse.

Paul y él descubrieron entonces al hombre que los miraba apoyado flojamente sobre un codo en el hueco de, la puerta de la casa.

—Usted es Dan Charles —dijo Paul.

El aludido era de fuerte complexión, pellejo tostado y todo él era músculos sin pizca de grasa. Sus ojos eran grises, y se movieron bajo unas cejas espesas y negras.

—Adelante, viajero —dijo—. Se lo ha ganado de veras.

Paul se acercó a Charles.

Los dos entraron en la planta baja de grandes dimensiones.

Charles echó una ojeada por la ventana hacia el sujeto que acababa de recibir al forastero y que todavía se encontraba en el suelo. Luego, bordeó la mesa y sentóse en un sillón giratorio.

—Apuesto a que tiene mucho que contarme, viajero.

—Poca cosa —dijo Paul.

Charles lo estudió con una chispa de curiosidad.

—¿Cómo se llama usted?

—Puede llamarme Asker.

Charles asintió.

—Bien, Asker. Ahora, al grano. ¿Qué quiere?

Paul apoyó las manos en el borde de la mesa.

—Usted tenía a sus órdenes a dos hombres que se llamaban Art y Fred.

Charles entornó los párpados.

—Ah, siga. —Los acabo de matar.

Hubo un largo silencio en la estancia.

Charles repasó el aspecto del recién llegado y arrugó los labios. Por fin miró hacia la ventana. El sujeto de los dos metros se había puesto en pie y estaba cabizbajo.

Charles tabaleó ligeramente sobre el tablero, asintió visiblemente a un pensamiento y se echó en el sillón contemplando a Asker.

—¿Cuánto? —dijo, y tenía una expresión calculadora.

Paul apretó el borde de la mesa.

—He venido a comunicárselo.

—¿Cuánto? —volvió a preguntar Charles.

—Los dos chicos se empeñaron en que me alejara del valle y, apenas volví la espalda, les dio por sacar las armas.

Charles permanecía sin escuchar.

—Le estoy haciendo una oferta, Asker. ¿Por qué no consideramos en primer lugar lo más importante?

Paul inclinó el busto por encima de la mesa.

—¿Qué es lo más importante para usted, Charles?

El propietario de la casa tenía los ojos semejantes a dos grietas.

—En estos momentos, contratar sus servicios.

Afuera se oyó el piafar de los caballos sobre la piedra del patio.

Paul dio una breve cabezada.

—Siento defraudarle.

—Buschman, el hombrón de la puerta, gana trescientos por mes. He de señalarle que es el portero.

—Lo he notado.

Charles alzó las cejas.

—Incluso ese juego de músculos lo hace extra. Por pura afición. Otro de los chicos está mejor.

Paul respiró largamente.

—Voy a pasar a otro tema, señor Charles. Antes de eso puede decirme, ¿dónde quiere ir a parar?

—Usted ya se lo presume. —Dan Charles se puso los pulgares en

el chaleco—. Yo puedo darle cien cada semana. Sí, Asker. Todos los días no aparecen buenas ocasiones.

—No insista, Charles.

Dan hinchó el pecho en un bronco suspiro.

—Fije usted la cantidad, Asker. ¿Cuánto quiere ganar aquí? A mí me gusta hacer bien las cosas. Y se deben hacer así con hombres como usted.

Paul movió la cabeza gravemente.

—No —dijo—. Ahora pasemos a otro asunto.

Charles apretó los labios y el brillo de admiración que se veía en sus pupilas se mantuvo a pesar de los resultados.

—Bien, desahóguese. Tal vez es lo que necesita.

Paul le clavó una mirada.

—Usted sabe que no voy a consultarlo con la almohada.

Charles palmeó la mesa.

—¡Qué le vamos a hacer! —suspiró. Ladeó la cabeza y luego la echó atrás para abarcar a Asker—. ¿Qué le interesa en particular?

—Se trata de la familia Riley.

El sillón de Charles dejó escapar un gruñido a pesar de que su ocupante no se movió.

—Viven ahí abajo. En la parte llana. La «parte triste» la llamo yo.

—Sé perfectamente dónde acampan, Charles…

—Déjeme continuar, forastero. ¿Qué relación tiene usted con ellos?

—Conozco al muchacho. —Paul continuó con el mismo tono de voz—. Esta mañana hablé un rato con él.

Charles hizo un movimiento de reflexión y arrugó la frente.

—Sí, el chico de George. Buena gente. Lástima que George muriera así, tan de repente. A veces pasa eso en estas latitudes. A usted no habría qué enseñarle geografía, Asker. Parece un hombre que ha corrido mucho.

—George Riley murió asesinado —dijo Paul.

Charles desvió la mirada hacia los conocidos muebles de la estancia. Continuó hablando en un tono de voz impersonal.

—No sé qué decirle, Asker. Esa familia me tiene preocupado. Sí, Asker, muchas familias me preocupan. ¿Qué pasa cuando alguien se destaca en un lugarejo como éste? Aquí me tiene a mí, Asker. Tengo

que preocuparme de mis negocios y de los de ellos. A veces surgen dificultades allá abajo. Tengo que intervenir para que ellos no se maten. Ahí tiene la historia. Me toca perder siempre. Siempre, Asker.

Paul no desvió los ojos al replicar.

—Usted no perdería ni con el diablo, Charles.

Dan enmudeció un momento y de pronto soltó una carcajada que apagó en el acto.

—¡Qué lástima que usted tenga otros proyectos, Asker! Palabra que individuos como usted pasan pocas veces por aquí.

Paul asintió.

—Tiene que creerlo, de veras. Hablemos en serio, Asker —el interlocutor de Paul soltó un soplido—. Esa gente daría quebraderos de cabeza a cualquiera. Pruebe usted a manejarlos.

—¿Qué me dice de los Riley?

Charles hizo una mueca.

—A veces doy gracias por no ser blando, Asker —levantó la cara —. Sí, forastero. Soy duro como el pedernal y me alegra de ser así. Esther, y me refiero a la viuda de George Riley, no me sacará un centavo más de lo que le he ofrecido.

—Usted les ha propuesto la venta de la parcela que ocupan.

Charles se movió impaciente, como si se tratara de un asunto desagradable.

—Le ofrecí a Esther cinco mil. Cinco mil dólares uno encima del otro. Eso hace un buen montón.

—No está mal esa cantidad.

Charles lo miró con un ojo.

—No soy tacaño, Asker. Pero no voy a ofrecer ni un dólar más. Dije cinco mil y ahí me quedaré aunque Esther se haga la remilgona en vender.

Paul se inclinó algo más sobre la mesa.

—¿Por qué quiere comprarle la propiedad, Charles?

El aludido encogió los hombros y acomodó las posaderas en el sillón.

—Me interesa la tierra. Infiernos, no hay que ser muy vivo para ver que es una cuña en mis terrenos. ¿Hablo claro, Asker?

—Sí.

Charles escupió con desagrado hacia el rincón.

—¿Qué opina de las mujeres, Asker? —De pronto hizo un gesto y se interrumpió—. No sé para qué se lo pregunto, Asker. Los hombres como usted y yo sabemos lo que pensamos.

—Sí, Charles.

—¡Pues bien, ahí tiene a Esther! ¿Qué podría hacer con cinco mil dólares? ¡Oh, podría largarse con viento fresco a otras latitudes! ¿Qué diablos hace en el lugar que murió su esposo? ¿Puede usted contestarme, Asker? Ande, pruébelo.

—No puedo decirle nada.

—Esther y toda la larga fila de ellas no tienen cabida ni para una minúscula idea. Yo tendría que vestirme de luto y llorar para que comprendieran que encima les hago un favor. Quiero alejarla de este lugar de pesadilla. Bien, amigo. Ahora hable usted. Vamos, hable.

Paul separóse de la mesa.

—Voy a marcharme de la falda de la colina —lo observó dubitativo.

Paul dio un ligero rodeo a la mesa a lentos pasos.

Charles no se movió ni una pulgada, aun cuando lo vio acercarse demasiado.

Asker se inclinó hacia él y lo miró con fijeza al fondo de los ojos, unos ojos como pozos profundos.

—Charles —dijo—. Deje a los Riley tranquilos.

Asker lo golpeó en el hombro con el dedo mientras agregaba:

—Déjelos, Charles —y repitió marcadamente—:
Déjelos.’

Charles se mantuvo silencioso ante el rostro inexpresivo de Asker. Por fin asintió sin abrir los labios, pero emitió un gruñido.

Paul dio media vuelta y anduvo hacia la puerta con los ojos de Charles clavados entre los omóplatos.

El sujeto de dos metros de altura que guardaba la entrada se dejó ver a través de la puerta entornada. Parecía una mole de piedra.

—Patrón, ¿lo dejo salir?

Paul continuó avanzando.

—Apártate.

Charles tuvo un brillo avieso en las pupilas. Una sonrisa flotó en sus labios y el ceño se le desfrunció.

El gigante de la puerta buscó la contestación en la cara de su patrón.

—¡Patrón, nadie hizo esto y…! ¡Déjemelo!

Charles se mantuvo en silencio otros dos segundos. Por fin dijo:

—Bien, pero no digas que no te lo advirtieron, Buschman.

El llamado Buschman bloqueó el paso de Asker y lo acometió. Paul adelantó la diestra, que terminaba en un puño borroso.

El chasquido precedió a la caída de Buschman a lo largo del suelo.

Pero tensó los músculos de inmediato.

—¡No se mueva! No se levante del suelo.

Charles tosió.

—Obedece, Buschman.

El gigantón dejó caer la mandíbula y asintió con los ojos llenos de furor.

Paul salió sin despedirse.

Charles entornó los ojos y una sonrisa afloró a sus labios. Sin quitar la mirada de la puerta por donde Asker acababa de salir, se dirigió a Buschman.

—Anda, cierra la puerta.

—¡Yo tenía cuerda para rato, patrón! —Buschman se incorporó y obedeció la orden.

Charles continuaba pensativo.

—Tipos como ése no se encuentran todos los días, Buschman.

—¿Quién es el fulano? ¿Quién es, patrón?

Charles todavía estaba risueño.

—Ni yo mismo lo sé, muchacho —dijo, y se recostó en el asiento.

CAPÍTULO III

Cuatro horas después, Paul Asker salió del reducido cuarto del hotel de Bass City y bajó las escaleras que daban al vestíbulo.

El dueño del hotel dormitada en una mecedora y se despertó sobresaltado al ver ante sí la larga figura del huésped.

—¿Qué… quiere usted algo, señor Asker…?

Paul se masajeó el mentón y vio la calle desierta a través de los cristales sucios de moscas.

—¿Dónde puedo encontrar a Wade Sullivan?

El dueño parpadeó como si no hubiese comprendido y después de hacerse repetir la pregunta añadió:

—No sabía que nadie pudiera interesarse por ese individuo. ¿Amigo de usted, señor Asker?

—Quiero saber dónde está.

El dueño quedó boquiabierto y luego dio tres rápidas cabezadas.

—¡Oh, claro! Usted quiere saber dónde está —soltó una hueca carcajada—. Ahora empiezo a entender.

Paul lo miró con fijeza.

—¿Qué es lo que entiende, usted, señor Steel? —inquirió.

El dueño tragó saliva.

—¿Yo? ¡Caramba, yo no entiendo nada! —volvió a reír sin ton ni son y luego quedó serio de repente—. Verá, señor Asker. Hace tres días por lo menos que no lo he visto rodar por el pueblo.

—¿Sí?

—Lo mejor es que pregunte en el local de bebidas de Tad Bates. O en almacén general. Los dos locales quedan a la mitad de esta calle.

—Gracias. —Paul se encaminó hacia la puerta.

Steel echó a correr hacia la puerta de escape en cuanto Asker

llegó a la calle. El sol calentaba el polvo húmedo, levantando una especie de vapor que aumentaba la caliginosidad del día.

Dos hombres se detuvieron en la esquina opuesta, a pocas yardas del hotel.

Ambos individuos se fijaron en la espalda de Asker y cambiaron una larga mirada de inteligencia entre sí.

Pero Paul no los vio. Atravesaba en aquellos momentos la calzada, atraído por el letrero que ostentaba el almacén general.

Subió a la acera y mientras se hacía cargo del exterior del establecimiento se fue acercando poco a poco.

Se detuvo un momento en la puerta. Dentro había tres mujeres, atendidas por el dueño, un anciano de ojos pequeños.

Una de las mujeres llevaba la voz cantante y se dirigía a su pequeño auditorio con grandes aspavientos.

—¡Les repito que nadie sabe quién es! ¡Nadie! ¡Llegó esta mañana y se hospedó en el hotel! y.

El viejo que servía en el mostrador abrió la boca de par en par en un bostezo.

—Estaría cansado. O enfermo —dijo—. Yo he tenido varias veces las fiebres, y palabra que cuando me daban, nunca tenía ganas de cháchara. Sí, señora Mortimer.

La señora Mortimer le dirigió una agria mirada.

—Usted siempre con sus genialidades, señor Pointer. Cuando me hable haga el favor de apuntar a otro lado. Es la segunda vaharada de licor que me llega a la cara.

El viejo se apuntó con un dedo al pecho y abrió los ojos.

—¡Si no he probado un trago!

La señora Mortimer hizo una mueca sarcástica y miró a las otras damas.

—Creo que el *sheriff* se debía ocupar de ese forastero. ¿No les parece muy raro que apenas llegue se descubran dos hombres muertos en el extremo del valle?

Las dos oyentes aspiraron aire al oír la palabra «muertos».

La señora Mortimer prosiguió:

—Estamos en un pueblo pequeño, pero civilizado. ¿No, creen?

Todos dijeron que sí.

La Mortimer agregó:

—Estoy segura que debe ser un forajido de esos que escapan de

todas partes.

—O un *gun-man* —apuntó la dama carirredonda de la derecha.

La señora Mortimer la asaetó con la mirada.

—Cuando tenga mis años sabrá quién es una persona con sólo una mirada, Lydia. Usted es muy joven todavía para opinar.

El viejo ahogó un eructo que se le escapaba, pero fue audible.

—La señora Mortimer lo sabe todo —dijo, muy serio.

La aludida lo miró con aspereza.

—Sí, señor Pointer. Y le aseguro que no tardaré en saber quién es ese sujeto, y qué viene a hacer en este lugar.

Pointer parpadeó.

—¿No lo sabe aún? ¡Inf…!

—Sé que le llaman Asker. Paul Asker. —La dama alzó la barbilla—. Lo vi en el registro del hotel.

—Usted —dijo el viejo Pointer— haría fortuna con una agencia de investigaciones de esas que funcionan en la capital.

La señora Mortimer aspiró aire con fuerza.

—Supongo que no querría decirme que soy una chismosa.

—¡Canastos, no! —saltó el viejo, y cruzó los dedos para desmentir al amparo de una pila de botes de conserva.

Paul vio el gesto y avanzó, proyectando una sombra a lo largo del establecimiento.

La señora Mortimer hizo un gesto resuelto.

—¿Saben lo que voy a hacer ahora mismo? Sacar del sueño al *sheriff* Eaton y ponerle al corriente de todo…

Se interrumpió con un respingo al ver al forastero a pocos pasos de ella.

Todos los ocupantes del establecimiento quedaron unos segundos en suspenso al ver al recién llegado.

De pronto la señora Mortimer correteó hacia la puerta, seguida por las otras damas.

La señora Mortimer dejó escapar un bote de conservas de la mano en su nerviosismo.

Paul se inclinó para recogerlo.

Lo tomó y dijo:

—Su bote, señora.

Ella tragó saliva con bastante dificultad, y alargó una mano temblorosa para tomar la lata de manos del forastero.

—Gracias —dijo con un hilo de voz algo estridente, y salió disparada.

Paul se aproximó al viejo en cuanto quedaron solos.

Pointer sonrió forzadamente.

—¡Bienvenido a los almacenes Pointer, señor…!

—Asker, Paul Asker.

El viejo hizo unos sonidos roncos con la boca al margen de su voluntad.

—¡Ajá! —rió sin ganas—. ¿Qué es lo que desea, señor Asker? ¡Precisamente tengo de todo! He recibido unas remesas hoy mismo desde Austin. Hay setas en conserva, queso Y si necesita algún efecto de uso personal… ¡Ejem! Camisas, pantalones, botas. ¡Oh, tengo una partida de botas magníficas!

Pointer acabó la perorata empujando con disimulo un bote rotulado: «Calmante contra los dolores de cabeza».

Pero Paul percibió un sonido interior de plata y calderilla.

—¡Sí, señor Asker! ¡Pida por esa boca!

Paul se hizo cargo de las estanterías y dejó pasar un rato.

Por fin dijo:

—Deme tres cajas de cartuchos.

Pointer desvaneció la sonrisa del rostro y respingó:

—¿Ha dicho cartuchos? —Galleó—. ¿Munición para el «Colt»?

—Sí.

Pointer quedó de muestra.

—¡Será servido inmediatamente! —Anduvo a trompicones por entre los montones de mercancías.

Derrumbó una pila de botes de atún de Miami, saltó por encima de un montón de fardos y sus dedos sarmentosos se movieron frenéticamente por las estanterías.

Rió con estridencia.

—¿Sabe una cosa? ¡Tiene gracia, infiernos!

Paul se limitó a observarlo.

Pointer miró desolado a todas partes.

—Se va a reír, pero la verdad es que no consigo dar con los cartuchos. ¡Apuesto a que mi nieta los ha cambiado de sitio! Ah, las mujeres. Todo lo enredan.

—Aquí están —dijo Paul, y alargó una mano a una estantería que estaba a su alcance.

Tomó los cartuchos y, después de sopesar tres paquetes pensativamente, tomó otro y lo añadió a la pila.

—Me llevo cuatro.

El viejo tuvo que retroceder para que su risa tuviese apariencia de auténtica.

—¡Vaya ojo, canastos! ¡Usted es un lince! Le aseguro que yo no hubiera dado con ellos en todo el día.

—¿Quiere cobrarse? —El forastero dejó una moneda de oro sobre el mostrador.

Pointer miró los paquetes de munición sin poder ocultar una mueca de aprensión.

—¡Ejem! Cuatro por cuatro… dieciséis. ¿Son del cuarenta y cinco, eh? Ujú. ¡Vaya número de calzado que gasta, señor Asker! —Al mismo tiempo devolvió el cambio mecánicamente y al cerrar el cajón se pilló el dedo soltando un lamento.

—Me ha dado tres dólares de más —dijo Paul, y los devolvió.

El viejo parpadeó, sonrió con la boca abierta y metió los tres dólares en el cajón de hierbas aromáticas en vez del correspondiente.

—¡Oh! ¡Uf! ¡Gracias, señor Asker! ¡Si llegan a faltar en d cajón, mi nieta me hubiera crucificado al hacer el recuento!

Paul separóse del mostrador.

De pronto, dijo:

—¿Dónde puedo encontrar a Wade Sullivan?

Pointer quedó hecho una pieza.

—¿Se refiere al viejo Wade?

—No sé exactamente su edad.

Pointer rió cascadamente.

—Más o menos la mía. ¡Hemos andado muchas veces juntos!

—¿Dónde está?

Pointer se puso serio, utilizaba una cara larga con la mandíbula caída.

—¡Que me aspen si lo sé! —Volvió a cruzar los dedos para deshacer la mentira.

Paul vio por segunda vez el gesto.

—Volveré más tarde, señor Pointer —dijo.

El viejo alargó el cuello.

—¡Cuando quiera, señor Asker! —gritó—. ¡Considere el gran almacén de Bass City como cosa suya!

Paul salió a la calle.

El viejo lanzó un graznido involuntario y corrió hacia una botella rotulada que había en la estantería en la que se leía: «Agua de azahar».

Pero contenía *whisky*. Y se medicinó durante largo rato.

CAPÍTULO IV

Los dos individuos de los sombreros caídos se asomaron por la esquina de la relojería y siguieron visualmente los pasos de Paul Asker cuando cruzaba la calle.

El más delgado y fornido, de nariz aguileña y ojos pequeños, dijo por el sesgo de la boca:

—Apuesto a que ahora va de cabeza al *saloon* de Bates.

El rubio que le acompañaba sacudió la cabeza.

—Es una buena ocasión. Desde esta esquina no nos daría trabajo, Less…

—No, Dufty. —Less abrió y cerró la mano más cercana al «Colt»—. Cuando apriete el gatillo, quiero resultados seguros. El jefe no ha dejado de recomendármelo.

Dufty arrugó la cara en una mueca de fastidio.

—Es lo que no comprendo. Si hay que liquidar a un tipo, se hace y basta. ¿Para qué tanto rodeo?

—¿Quieres callarte? —Less miró a su compañero mientras se frotaba la nariz aguileña—. Ya has visto lo que ha hecho con Art y Fred.

Dufty arrugó los labios.

—Eres deprimente.

—Tendremos oportunidad cuando se meta más adentro en el asunto. En cuanto entre en el primer rincón, lo acribillaremos aunque sea por la espalda.

—Todavía no comprendo tanta demora.

—Está claro. El jefe quiere averiguar después de su muerte lo que este sujeto se trae entre manos. «Tira primero y luego pregunta» es el lema. Por los pasos que dé mientras le soltemos cuerda, se podrá llegar a una conclusión. El fulano se trae algo entre manos,

no se sabe quién es ni de dónde viene. Todo eso tiene que quedar claro. Por eso tenemos que seguir las órdenes al pie de la letra: «Dadle cuerda un poco, no mucha…».

—Está bien —gruñó Dufty—. Parece una adivinanza.

—Y lo es.

Los dos hombres siguieron con la mirada las andanzas del hombre alto.

Paul se volvió instintivamente y los descubrió.

Los tres hombres quedaron unos segundos en mutua contemplación.

Luego, Paul prosiguió su camino.

Subió la alta acera que correspondía al *saloon* La Luna, propiedad de Tad Bates.

Empujó los batientes y entornó los ojos para acostumbrarse a la penumbra del interior.

El dueño dormitada a cabezadas fuera del mostrador, con un periódico sobre la cara para protegerse de las moscas y la luz.

—No lo despierte —dijo una voz a su derecha.

Paul se volvió despacio, aunque sus pupilas giraron vertiginosamente hacia aquel punto.

Un sujeto de unos treinta años, robusto, de cara angulosa y permanente mueca sarcástica, le sonrió desde un ángulo de la mesa de dados. El solo se jugaba la partida.

Paul se le acercó.

—¿Es usted de la casa?

—Sí. ¿Qué quiere?

—Necesito saber dónde para un tal Wade Sullivan.

—No me gustan las preguntas, Asker —el sujeto de los dados sacó un doble seis—. He oído hablar de usted y mucho. Váyase.

—Corra usted con todo el gasto.

El empleado del local dejó los dados y bajó las manos al canto de la mesa.

—Usted tampoco me gusta nada, Asker, como sus preguntas. Puede venir a beber o a apostar con los huesos si lo desea, pero no quiero enredos. Cuando los hay, aquí estoy yo de servicio de limpieza aunque el cliente se las dé de grande. ¿Me expreso confuso?

Paul se mantuvo en silencio, sosteniendo la mirada del sujeto.

—Un poco —dijo, por fin.

El empleado de La Luna sonrió pesarosamente, haciendo bailar los dados con la palma de la fuerte mano.

—No intente tirarme de la lengua. Ese método resulta muy espinoso conmigo.

Paul no dijo nada.

El hombre prosiguió:

—No soy la señora Mortimer de este pueblo, pero se ha gritado bastante esta mañana para que yo deje de oírlo. ¿Sabe una cosa, Asker? Tengo una especial habilidad para atar cabos. Los dos cadáveres bien apuntillados que se han encontrado en el valle son obra de alguien que sabe dónde tiene la mano derecha. Para postre, un sujeto que tiene coles plantadas al otro extremo del pueblo me contó la salida y entrada de usted en la casa de Dan Charles. Era testigo ocasional.

Hace un rato estaba yo en la puerta y lo he visto salir del hotel y entrar en el almacén. También sé lo que ha hablado con el viejo Pointer porque ni usted ni él se han dado cuenta de que la señora Mortimer estaba con la oreja pegada en la pared de la trastienda. Aquí mismo, en la acera, nos ha puesto al corriente a dos señoras y a mí. —Hizo una pausa, acompañándose de una mueca—. Asker, no quiero líos con Dan Charles ni con nada que se relacione con él. Y generalmente todo lo que se relaciona con Dan es desagradable.

Al acabar de decir esto, observó con descaro a Paul, envolviéndolo con una mirada significativa.

Paul se movió ligeramente.

—Volveré a beber un vaso.

—No me gustaría una nueva visita. De veras que no me gustaría.

Paul se encaminó hacia la puerta.

Desde allí, se volvió.

—Tendrá que hacerse a la idea —dijo, y antes de que el empleado replicara, salió.

Se mantuvo un minuto pensativo en la acera.

La señora Mortimer se escondió precipitadamente en la tienda de relojes al cruzarse con Asker.

Asker continuó el avance por la acera, y al llegar frente a la relojería, se detuvo unos instantes.

Vio dentro a la señora Mortimer y le clavó una larga mirada a

distancia hasta que la dama empalideció y tuvo que sostenerse en un armario, con el resuello cortado.

Luego, Paul continuó a través de la calzada. Un mestizo de cara deforme avanzó corriendo hacia él y después de soltar un gruñido le largó un papel escrito con una letra bien trazada y partió.

Paul pasó rápidamente la mirada al mensaje.

> «Si quiere que le informe acerca del hombre que busca, vuélvase diez grados hacia el Norte y me verá a mí. Le ruego que disimule un poco».

Paul alzó la cabeza hacia el fondo de la calle.

Un sujeto grueso, bien vestido, asomaba medio cuerpo desde el portal de una planta baja. Sonrió con todos los dientes y se introdujo por la pequeña puerta.

Asker fue en aquella dirección. Se detuvo un instante en el pequeño escaparate de la sombrerería y luego se dirigió lentamente hacia la puerta por donde acababa de desaparecer el hombre grueso. Al entrar descubrió un letrero despintado junto al marco de la entrada que rezaba: «J. M. Randell. Agente de Varios. Bienes Raíces, Parcelas, Forestal, Establecimientos».

Paul entró en la reducida oficina.

Se quedó contemplando a J. M. Randell.

El individuo, a pesar de la grasa, evidenciaba una fuerte complexión. Estaría por los treinta años. Tenía el mentón ancho y prominente. Sus hombros medirían un metro justo.

—Deje la puerta entornada —dijo.

Paul la empujó con el talón.

—Supongo que el informe costará dinero.

J. M. Randell rió con fuerza y el suelo se estremeció.

—Todo lo que le ofrezca en mi oficina será siempre a precio de ganga.

—¿Cuánto?

Randell ladeó la cabeza con un gesto de curiosidad.

—Me gustaría saber quién es usted en realidad.

Paul endureció los músculos del rostro.

—¿Piensa vender también esa información?

Randell se vio acometido de un golpe de tos.

—Está bien, señor Asker —dijo, apaciguador—. Sólo quería tener algún dato de usted. Es lo que acostumbro a hacer cuando tengo un nuevo cliente. En el acto le abro una ficha.

Paul no despegó los labios.

Randell prosiguió:

—Eh… Vea, Asker. Yo me dedico a todo un poco. No voy a decirle cómo he averiguado el paradero de Wade Sullivan. Eh… ¿entiende?

—Usted tiene su propio sistema de trabajo.

Randell se masajeó el mentón.

—Ya le dije que todo es precio de ganga —dijo—. Doscientos dólares.

Paul se mantuvo inmóvil.

Randell dio la vuelta a la mesa para interrumpir un poco la tensión que se había producido.

Sentóse en el sillón, lo hizo crujir y apoyó los fuertes puños en la carpeta de cuero.

—Doscientos dólares.

Paul extrajo el dinero y lo tiró sobre la carpeta.

Randell lo hizo desaparecer con un pase de manos.

Alzó la cabeza y trató de sostener la mirada de Asker.

—Está en un pequeño almacén a las afueras del pueblo. Escondido, por supuesto.

—¿Dónde cae el lugar?

—Se trata de una edificación de madera, cuadrada. Está pintada de rojo vivo para ahuyentar a los escarabajos voladores, pues allí se almacenan patatas.

—Entiendo.

—No tiene pérdida, señor Asker.

Paul se movió hacia la puerta.

—Volveré a comunicarle los resultados.

Randell rompió a reír, esta vez un poco forzadamente.

—No será necesario, Asker. Ya verá como lo encuentra y no hay lugar para reclamaciones.

Las pupilas ardientes de Asker se clavaron en él, justo entre los dos ojos, y Randell se juró que allí había magnetismo.

—De todos modos volveré a que me haga una ficha, señor

Randell —dijo Paul, pausadamente, y desapareció por el hueco de la puerta.

Randell sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente. Luego sonrió hacia el lugar donde había desaparecido Asker y dijo en voz alta, aunque estaba solo en la estancia:

—Daos, prisa, muchachos. Ya va camino de la trampa.

—La puerta del lavabo se abrió de golpe y de allí brotaron el sombrío Less y el rubio Dufty.

—Ha abusado un poco, señor Randell —dijo Dufty, irónico—. Le dijimos que le sacara sólo cien pavos.

Randell los miró sonriente.

—Vosotros no sabéis ni pizca de negocios. ¡Vaya tipo ese Asker!

—Insisto en que fue un abuso, Randell. —Dufty tendió la mano y abrió y cerró los dedos—: Afloje cien.

Randell echó fuego por los ojos, pero se controló y metió la mano con desgana en el bolsillo del chaleco.

Dio el dinero a Dufty y éste lo partió con Less.

Dufty dijo antes de salir:

—Y acuérdese de abrirnos a nosotros la ficha.

Soltó una carcajada que se perdió en la calle.

CAPÍTULO V

Asker entró en el almacén general propiedad de Sophonias Pointer al ver que dentro no había ningún cliente.

El anciano Pointer estaba en lo alto de una escalera alineando botes de tomate.

Paul atravesó la tienda sin ser advertido por el dueño.

—¿Puede atenderme un momento, señor Pointer?

El viejo soltó un respingo de sobresalto al ver quién era y estuvo a punto de caerse de la escalera.

—¡Caramba, no faltaba más! —gorjeó, fingiendo alegría—. ¿Quiere más cartuchos, señor Asker?

Paul se aproximó al mostrador.

—Vengo por lo de Wade.

Pointer abrió los ojillos de par en par y bajó la voz.

—¿Lo ha encontrado, señor Asker?

—Tengo un dato que parece vale la pena.

—¡Canastos!

Paul ladeó la cabeza.

—¿Conoce el almacén pintado de rojo a una milla de aquí?

Pointer abrió la boca.

—¿Que si lo…? ¡Claro que sí, señor Asker! ¡Allí guardan las patatas en la época de cosecha!

—Sólo patatas, ¿eh?

—Hay un pequeño despacho donde se hacen las transacciones. El local es propiedad pública. ¡Oiga! ¿Allí piensa dar con el badulaque de Wade?

Paul estudió los gestos del anciano.

—¿Usted cree que Wade Sullivan estará allí?

Un taconeo acompañado de una voz femenina interrumpió la

respuesta del viejo.

—¿Quiere dejar en paz a mí abuelo?

Paul se volvió a medias y vio a la mujer.

Ella estaría por los veintidós años, era alta, bien formada.

Su rostro era de óvalo perfecto, de ojos expresivos, negros, grandes, orlados de pestañas largas y curvas. Tenía la boca un poco grande de labios muy rojos, ligeramente fruncidas las comisuras.

Asker se volvió completamente hacia ella.

—No comprendo bien lo que quiere decir.

La bella joven avanzó un par de pasos para quedar más cerca del desconocido.

—Está bien claro, forastero —dijo—. Es la segunda vez en poco rato que aborda a mí abuelo para hacerle preguntas. Ya le ha dicho que no sabía nada acerca de ese hombre. Ahora insiste usted otra vez.

El viejo carraspeó.

—Por favor, Lydia…

Ella lo atajó con una mirada. Luego se dirigió otra vez al forastero.

—No voy a ir con rodeos para decirle que eso puede perjudicarnos.

Las pupilas de Asker variaron un segundo.

—¿Quiere explicarse?

Lydia comprimió los labios sin apartar la mirada del forastero.

—No tiene objeto ocultar el revuelo que ha causado usted entre la gente. Usted lo sabe tan bien como nosotros.

—Siga, por favor.

—Pues bien, señor Asker —ella recalcó el nombre—, algunos clientes están demorando sus compras por no tropezarse con usted de nuevo. Precisamente un grupo de ellos se dirigía hacia aquí conmigo y han dado media vuelta en cuanto lo han visto entrar a usted.

Pointer gruñó por lo bajo, pero pudo entenderse.

—Apuesto a que la señora Mortimer iba a la cabeza del escuadrón.

La muchacha se volvió un poco.

—Estoy segura de que el señor Asker comprenderá nuestra situación, abuelo.

Paul dejó de apoyarse en el mostrador.

—Desde luego, señorita Pointer. Trataré de entrar aquí lo imprescindible.

Ella asintió con un brillo especial en los ojos.

—Mi abuelo y yo se lo agradeceremos. Ahora, si no tiene nada que adquirir de la tienda… Paul desparramó la mirada por los artículos.

—Sólo necesito una gamuza para limpiar el revólver y una pastilla de jabón de afeitar.

Pointer dio un brinco.

—¡Enseguida, señor Asker!. —Acompañó al joven hacia los anaqueles de la derecha—. ¡Escoja entre las cien mejores novedades!

En aquel instante sonó en la puerta una bronca carcajada.

—¡No te escondas que te he visto, preciosa!

Los ocupantes de la tienda se volvieron hacia la entrada.

Un sujeto corpulento, cubierto de polvo del camino, nariz aplastada y orejas amorfas, se fue directamente hacia Lydia sin quitarle ojo del cuerpo.

Ella tuvo un estremecimiento y retrocedió un paso.

—Vete de aquí, Jackie.

El sujeto llamado Jackie lanzó otra risotada y se adelantó hacia la chica sin reparar en los demás ocupantes.

—¿Que me vaya, bombón? ¡Si no he podido apartarte de mi cabeza y eso que nos vimos ayer! —Escupió sin miramiento hacia un saco de serrín para la venta y agregó, pasando la lengua por los gordos labios y deleitándose a la vista de las formas de Lydia—: Mira, nena. Tú y yo vamos a hablar claro de una vez.

Jackie bajó las cejas, espesas como brochas.

—Eso lo dirás tú sola, ricura. Pero te aseguro que ya he tomado determinaciones. Todo el camino me lo he ido jurando «Cuando llegue a casa, meteré en lata al bombón de Lydia Pointer».

La joven respiraba agitadamente.

Jackie sacudió la enorme testa y una melena de tres meses le cayó a la cara.

—Lo tengo ya guisado, monumento. Desde hoy vas a ser la chica. ¿Qué te parece? ¡La chica del gran Jackie! ¡Apueste a que todas las mujeres del pueblo van a carcomerse de envidia!

—¡Sal de aquí, Jackie! —gritó Lydia.

El sujeto torció la cara hoscamente.

—Oye, encanto, no te consiento…

Se detuvo al descubrir al forastero y al viejo, que le observaban desde la derecha de la tienda.

De pronto, rió con fuerza.

—¡Caracoles, ahora caigo! ¡Es que está aquí «traganiños»! ¡Seguro que debe ser ese fulano del que me acaban de llenar la cabeza no hace gran rato…!

Paul se mantuvo en silencio.

El viejo Pointer tosió.

—¿Por qué no vuelves luego, Jackie?

El individuo polvoriento no lo escuchó, pendiente de Asker.

—Vaya, ya sé por qué la chica me trata con remilgos. Seguro que éste ha empezado a hacerle ojitos.

—Jackie… —balbució Lydia, enrojeciendo.

El recién llegado achicó los ojos porcinos, mirando a Asker.

—Me estoy refiriendo a ti, «caso raro». ¿Estás sordo o es que falta arranque?

Paul se volvió hacia el viejo.

—Envuelva esas dos cosas. Me las llevo.

Jackie soltó una risotada, y guiñó un ojo a la chica.

—¿Se dan cuenta? A estas figuras sólo les hace falta alguien que tenga buena planta como yo y se acabó la propaganda.

Paul recogió el paquete mal envuelto que le tendió el viejo.

Jackie se esponjó jactanciosamente ante los ojos de la chica y se acercó hacia Asker con socarronería.

—Te está hablando un hombre, pajarito…

Puso la mano bruscamente en el hombro de Asker.

Lydia, su abuelo y el grupo de damas congregado a la puerta tardaron un momento en comprender lo que sucedía tan explosivamente.

Sonó un potente chasquido.

Jackie se dobló en el aire y se vino abajo sin previo aviso.

Los ojos de los circunstantes se volvieron hacia el enorme corpachón de Jackie, completamente inmóvil y con las piernas abiertas, en el suelo.

El viejo miró a Asker, quien daba la sensación de no haberse

movido.

—¡Madre mía, Asker! ¡Menudo puñetazo!

Paul sacó una moneda.

—¿Cuánto le debo?

Pointer tardó un instante en romper el silencio que se había producido alrededor. —Cincuenta centavos— farfulló.

Paul le entregó el dinero.

Se tocó el ala del sombrero al pasar por delante de Lydia.

—Buenos días, señorita Pointer.

Ella abrió la boca, pero no produjo ningún sonido.

Paul pasó por delante del grupo de señoras capitaneadas por la Mortimer y, después de dedicarles una larga mirada, volvió a tocar el ala del sombrero a guisa de saludo.

CAPÍTULO VI

El color rojo vivo del depósito de hortalizas hacía destacar la edificación a las afueras del pueblo, flanqueada por algunas cabañas desperdigadas en la falda del pequeño cerro.

Paul descabalgó a corta distancia y dejó que el caballo se dirigiera a un pequeño prado.

La puerta de la edificación pintada de rojo estaba abierta de par en par y por el hueco salía el ronco canturreo de un hombre.

Paul entró silenciosamente y el sujeto se dio la vuelta en una de las evoluciones.

Se quedó mirando fijamente al recién llegado.

—¿Qué le duele amigo?

Paul se le acercó.

—¿Dónde está Sullivan?

El hombre del depósito aflojó el gesto duro y sonrió, enseñando una dentadura estropeada.

—De modo que quiere ver al viejo, ¿eh?

—¿Qué hace aquí Sullivan?

El sujeto le precedió con un gesto de la mano.

—Sígame, amigo. Hace tres días me dio cinco dólares para que lo ocultara aquí. Pero ya se le ha acabado el crédito. Puede llevárselo.

Paul entró en una pequeña nave que contenía mesas con básculas de varios tamaños.

El hombre de la dentadura carcomida pasó por detrás de uno de los pasadores.

—¿Para qué lo necesitas, amigo? Nadie suele interesarse por ese viejo del diablo a excepción del *sheriff*.

—Será mejor que me diga dónde está.

—¿Por qué tanta prisa, míster?

Asker advirtió que el hombre prestaba atención furtiva a la nave contigua.

—Parece usted un poco nervioso.

—¿Yo? —El interlocutor de Asker rió—. Nunca me verá morderme las uñas.

—Le estoy esperando.

Los dos hombres se contemplaron.

El sujeto del almacén asintió e inclinóse.

—He de tomar la llave. Tengo a Wade en el sótano. Paul derrumbó la mesa al tiempo que hacía girar al individuo por el hombro.

Le dio un revés que lo hizo saltar hacia la pila de sacos, justo antes de que pudiera inclinarse nuevamente sobre el revólver escondido, lo repitió con fuerza en el estómago.

—¡Maldito sea, Asker! —El hombre tuvo una arcada y embistió acto seguido.

Paul le estrelló los nudillos en el pómulo y lo hizo rodar por el suelo hasta la pared del fondo, donde se detuvo con IB sordo golpe.

La grava del suelo chirrió al ser pisada por dos pares de botas.

Paul se volvió lentamente.

Less y Dufty empuñaban sendos revólveres, pero estaban entretenidos con el cuerpo inmóvil del caído.

—Dark es y será un puerco —dijo el sombrío Less.

Dufty soltó una risita.

—Estaba empeñado en hacer algo por cuenta propia y se lo ha buscado. Eso le enseñará para el futuro.

Less endureció el rostro al enfrentarse con Asker.

—Bien, amigo —dijo—. Si queremos saber qué guiso oculto se maneja es más por curiosidad que por orden de nuestro Jefe.

Paul se movió imperceptiblemente.

—¿Dónde tiene a Wade?

Dufty sonrió alzando las cejas.

—¿Pero de veras se lo creyó?

Asker entornó los párpados.

—Me esperaba esto. Pero también tenía esperanzas de encontrar a Wade como cebo.

Less mantuvo el rostro grave.

—Usted ha caído esta vez y sin cebo. Es el colmo.

Dufty ladeó la cabeza.

—Es que se ha pasado de listo. Eso es, Less. Oiga, Asker. Usted sabe que vamos a apretar el gatillo sin contemplaciones. ¿Por qué no se desahoga y nos lo cuenta todo?

Paul dejó caer las manos a lo largo de los costados.

—Preferiría que me contaran algo de Wade Sullivan.

Dufty encogió los hombros.

—Quiere decir un intercambio, ¿eh?

Less soltó aire lentamente y al pasar por su nariz aguileña y estrecha sonó un débil silbido.

—Aunque le contáramos algo, no le serviría de nada, por que nos aseguraremos de que lo dejamos bien muerto, Asker. Pero para que no se muera con reticencias le diré una cosa.

—Le escucho.

Less proyectó el labio inferior hacia fuera.

—Nosotros tampoco sabemos dónde está Wade Sullivan. Palabra que no lo sabemos.

Dufty se sacudió al reír.

—Para que se lo crea de verdad, dile que nos gustaría saber dónde tiene el escondrijo y sacarlo de allí a tiro limpio.

Less alzó las cejas.

—¿Lo ha oído, Asker?

—Si. Y ahora creo de veras que no saben dónde está.

Los dos pistoleros se acercaron a Asker, y era evidente que, en cuanto dejaran de hablar y moverse, harían fuego.

Fue Less quien tomó la palabra para dirigir la última parrafada.

—Usted no debió asomar las narices por aquí. A veces me he preguntado si no habría sacado más partido aliándose con Dan Charles. Pero optó por darle la espalda después de anotarse cuenta a dos de sus peones. Ha sido un asunto extraño y desagradable, Asker. Parece mentira que usted merezca la, muerte. Pero está decidido.

Las armas empezaron a crepitar al tiempo que Asker sal taba de lado.

Las detonaciones se aunaron y produjeron un estruendo ensordecedor en el almacén.

Los sacos en que se apoyaba Asker fueron rasgados por los

proyectiles y brotó jugo al ser convertido en pulpa el contenido.

Una ráfaga de Dufty se llevó la báscula que estaba junto a Asker.

Un segundo antes la rociada habría cogido de lleno a forastero, pero la puntería del rubio Dufty se desvirtuó. Dufty tenía dos plomos en el pecho y la fuerza del chorro de sangre a audible.

Less abrió los ojos con espanto y estupor al sentirse herido inexplicablemente para él. Se vio acometido de estremecimientos que lo sacudían de pies a cabeza y de pronto cayó a plomo, rebotando en el suelo sordamente.

Dark soltó un grito incontrolable al ver el desastre y trató de encogerse lo más posible en la pared donde se apoyaba. Paul fue hacia él paso a paso.

Dark tembló de arriba abajo.

—¡No dispare, Asker! ¡Se lo diré todo!

Paul dijo, con tono tranquilo:

—¿Qué me tiene que contar?

El hombrecillo se pasó la lengua por los labios hinchados.

—Le… le diré quién ha montado este tinglado… ¡Todo lo ha hecho Dan Charles! Less, Dufty y yo estamos a sus órdenes… ¡No tire, señor Asker…!

—Levántate —murmuró Paul.

El hombrecillo lo hizo con dificultad, sin apartar la mirada aterrorizada del cañón del «Colt».

—Espere, Asker… Less y Dufty… ellos montaron esto en colaboración con el agente J.

M. Ra

ndell.

—No me cuenta nada nuevo. ¿Dónde puede estar Sullivan?

—¡No lo sé, señor Asker! ¡Le juro que no lo sé…!

—Váyase, Dark.

El hombre de Charles pestañeó sorprendido.

—¡Le aseguro que no pararé hasta cien millas de aquí!

—No quiero eso, Dark.

—¿No? ¡Infiernos, no irá a arrepentirse ahora que me ha dicho que me vaya…!

—Necesito que acuda al lado de Charles —la voz de Paul era pausada y pensativa.

—¡Haré lo que quiera!

—Dígale que seguiremos el juego, si es su gusto.

—¡Sí, Asker…!

—Pero que fuerce la situación.

—¡Si, Asker…!

Paul le clavó las pupilas.

—Añada que puede rebasar ni paciencia en el momento menos pensado. El entenderá perfectamente.

—¡Sí, Asker! ¡EL jefe es muy listo! Por eso le aconsejo a cambio del favor que me hace: huya de aquí y no le busque las cosquillas hurgando donde no debe. El jefe dará cuenta de usted tarde o temprano. ¡Créame, Asker! ¡Le hablo con el corazón en la mano!

Paul se acercó sin dejar de estudiar a aquel individuo torcido, capaz de jugársela apenas volviera la espalda.

—Dark…

—¿Algo más, señor Asker?

—Lárguese aprisa. Está jugando demasiado con su suerte.

Dark saltó hacia la puerta y desapareció resollando.

Paul permaneció diez minutos en el interior del depósito, sin moverse del lugar que pisaba.

Después salió en busca de su caballo.

Un cuarto de hora más tarde llegaba al establo del bote y dejó el animal en manos del mozo.

Alcanzó a ver a la señora Mortimer en una de las esquinas.

El gesto de ella estaba lleno de intriga. Levantó la barbilla desafiante sin dejar de mirar con descaro al forastero y sonrió con una mueca cargada de ironía.

Paul se volvió hacia el otro lado de la acera y encontró la explicación.

Dos hombres se acercaron hacia él.

Ambos llevaban sendas estrellas de metal y la misma actitud de superioridad era patente en los dos.

Paul se fijó en el de más edad, unos cuarenta años, y dedujo que él era el *sheriff* por llevar las puntas de la estrella guarnecidas por pequeñas bolas.

El otro estaría por los treinta y cinco años, era hermético y de ojos verdosos.

El *sheriff* contrajo las pupilas grises, valorando a Asker por el aspecto.

—Hemos andado un buen rato en su busca. ¿Usted es Asker?

Paul asintió.

—Sí, *sheriff*.

El representate de la ley echó la cabeza atrás para abarcarlo mejor.

—Bien. ¿Quiere decirnos de una vez quién es usted?

CAPÍTULO VII

Paul se tomó unos segundos para responder.

—¿Por qué me lo pregunta, *sheriff*?

El representante de la ley parpadeó y cambió una mirada con su ayudante.

—Será mejor que vayamos a la oficina. —Giró la cabeza hacia Asker—. Acompáñenos.

Paul asintió.

—Bien, *sheriff*. Dentro de un momento estaré con ustedes. Ahora necesito cambiar la camisa sudada y meterme en agua.

El *sheriff* arrugó los cercos de las órbitas.

—¿Cómo?

—El mozo acaba de decirme que tengo el baño a punto.

El ayudante se movió bruscamente.

—¿Por qué tanta contemplación, *sheriff*? Déjemelo a mí.

Paul desvió la mirada hacia la esquina y vio el rostro triunfal de la señora Mortimer que no se perdía detalle. Entretanto, sintió la presión de los dedos del ayudante.

—No me ponga la mano encima —dijo, y se volvió hacia las autoridades.

El ayudante sonrió, combinando una mueca de burla con la boca y los ojos verdosos.

—= Se cree el hombre recio, ¿verdad?

El *sheriff* intervino.

—Déjalo, Mose. —Miró a Asker con fijeza—. No tarde.

Dicho esto, el *sheriff* se dio la vuelta seguido del ayudante, quien entrecruzó una mirada de complicidad con la señora Mortimer.

Paul entró en el hotel y empleó tres cuartos de hora en su aseo personal y refrigerio de mediodía.

Poco después pasó a la oficina del *sheriff*, pero un hombre sentado en el borde de la acera le informó que acababa de salir a comer.

Paul se mantuvo en actitud reflexiva durante un minuto y sus ojos dieron de pronto con el rótulo de la oficina de J. M. Ra ndell.

Bajó de la acera y atravesó la calle lentamente.

Al llegar a la puerta de la oficina del agente, la halló entornada y miró dentro. Randell no estaba a la vista. Empujó la puerta y vio un archivador sobre la mesa. Lo ojeó y vio su nombre en un informe de dos líneas:

> «Asunto Paul Asker. Doscientos dólares. (Cien de gastos imprevistos entregados a Dufty)».

Paul arrancó la hoja con rudeza, hizo una bola con ella y la introdujo en un tintero.

Randell salió en aquel momento y al ver al forastero se aferró con fuerza al marco de la puerta.

—¡Usted…!

Paul sentóse en el borde de la mesa.

—Le dije que vendría por aquí. ¿Recuerda?

J. M. Randell tenía los ojos muy abiertos.

—¡No puede ser!

—¿Qué es lo que no puede ser, señor Randell?

El voluminoso agente hizo una mueca de estupor y arrastró el corpachón a lo largo de la pared.

Paul vio que la meta era un revólver que colgaba del respaldo de la silla.

—Wade Sullivan no estaba donde usted me informó.

Randell parecía no oír nada, obsesionado por alargar el brazo hacia el arma.

Paul lo miró gravemente.

—Eso es una tontería, señor Randell —dijo, y dejó de sentarse en el canto de la mesa.

Atrapó a Randell a medio camino y la violencia de la colisión

sacudió las paredes de la vetusta oficina.

Un archivador de cuatro patas estalló al ser embestido por el cuerpo sin control del agente.

Paul le asestó un puñetazo y lo hizo cruzar la estancia sin dejar de seguirlo, y cuando lo tuvo otra vez a su alcance, lo volteó de un trallazo en el cuello de toro y lo detuvo con un impacto en el abdomen.

Randell se puso cárdeno, con la respiración cortada.

Asker lo dejó adquirir el máximo de color y entonces dejó caer la derecha sobre el rostro violáceo. El chasquido precedió a la caída aparatosa de Randell, quien quedó hecho un montón de carne en el rincón formado por la pared y la caja de caudales.

Paul tiró del chaleco del caído y, después de rebuscar en uno de los bolsillos extrajo un paquete de billetes del que arrancó doscientos dólares.

Tiró el resto sin ver dónde caía.

Luego se acercó a la mesa y atrapó la bola de papel por una de las puntas que no había terminado de empaparse de tinta.

Regresó junto a Randell, que ya empezaba a levantarse, y alargó la mano.

Randell hizo una mueca.

—¿Qué quiere?

—Trágueselo, Randell.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Empiece a comerlo.

—Usted no está hablando en serio.

Paul le soltó una bofetada y dijo entre dientes:

—Tiene un minuto para despacharlo al estómago. Sólo uno, Randell. Se lo puedo jurar.

El agente de Varios observó la cara de Paul y comprendió que si no tragaba aquella bola estaba perdido.

Atrajo el papel lleno de tinta y se lo acercó a la boca.

Detúvose un momento, haciendo una mueca de repugnancia.

—Veinticinco, veintiséis, veintisiete. —Paul dijo—: Le queda muy poco.

Randell pegó un mordisco a la bola de papel impregnado en tinta y empezó a masticarla cerrando los ojos.

—Cuarenta y cinco, cuarenta y seis, cuarenta y siete… —le

recordó Paul.

Randell tragó la primera ración y metió en la boca la segunda.

—Cincuenta y tres, cincuenta y cuatro…

Cuando ya Paul estaba a punto de terminar la cuenta, Randell tragó el último pedazo de papel y cayó despatarrado en el suelo.

Entonces Asker hizo un saludo con la mano y salió de la oficina.

Lo primero que vio fue a Jackie, que se dirigía hacia él.

—¡Por fin lo encuentro, puerco! —gritó el matón. Tenía el ojo izquierdo hinchado de tal modo que apenas podía abrirlo.

Paul quedó quieto en la acera.

Jackie se detuvo en medio de la calle y enseñó los dientes inferiores en una mueca de furia.

—¡Va a ver quién soy yo! —Apoyó la mano en uno de los revólveres—. ¡Tire del «Colt», piojoso!

Paul lo observó con los ojos entornados.

—No pierda la cabeza, Jackie —dijo.

El sujeto de las melenas rió sin ganas.

—¡No piense engañarme como antes! ¡Ahora estoy bien preparado y palabra que le voy a hacer un agujero a pesar de su renombre!

—Lárguese, Jackie.

Asker se movió bruscamente hacia un lado, acortó la estatura encogiendo la rodilla, y produjo un fogonazo en su diestra, todo ello en fracciones de segundo.

El plomo arrancó el arma de la mano de Jackie, pero éste no se arredró y soltando un espantoso juramento trató de sacar el otro revólver.

Paul disparó de nuevo y le despellejó la zurda.

Jackie lanzó un alarido, más de sorpresa que de dolor.

Abrió mucho los ojos mirando a Asker, como si fuese un fantasma y empezó a retroceder de espaldas, cada vez más aprisa.

Súbitamente dio media vuelta y salió disparado a lo largo de la calzada, perdiéndose de vista en unos segundos…

Las puertas del *saloon* La Luna se abrieron y los primeros en aparecer fueron el *sheriff* Eaton y el ayudante Mose.

El representante de la ley hizo un gesto enérgico hacia su ayudante y lo inmovilizó junto al empleado de los dados que observaba la escena un poco divertido.

El *sheriff* se acercó a paso vivo hacia Asker y resolló al plantarse delante de él.

—Sígame a la oficina, Asker. Y no me venga con excusas de su baño caliente.

Paul avanzó con él a lo largo de un par de tramos y entraron en la oficina.

El *sheriff* se revolvió.

—¿Qué hace usted en Bass City, infiernos? —gritó y sus ojos grises parecieron dos ascuas—. Ya le habrán dicho que busco a un tal Wade Sullivan.

—Sí, Asker —masculló el *sheriff*—. Es lo único en limpio que he podido sacar de usted. Ahora dígame, por todos los infiernos, para qué lo quiere.

Paul contempló una cabeza de ciervo disecada que servía de ornato al despacho.

—Es un poco difícil de explicar, *sheriff*.

Eaton apretó las mandíbulas y se acercó a Asker.

—Parece que lo hace usted adrede, Asker. Wade Sullivan es justo el sujeto del que nadie se preocupa. Usted lo ha escogido como si lo supiera. ¡Maldición, Asker! Lo que hace usted en realidad es revolver el pueblo de arriba abajo. ¡No ha encontrado a Sullivan y sin embargo, ha chocado con todos! ¿Qué me dice de los dos cadáveres del depósito?

Paul lo miró ante la inesperada pregunta.

—¿Por qué no me deja contestar por turno, *sheriff*?

—¿Qué quiere decir? —gritó Eaton.

—Usted me ha preguntado primero por qué quiero ver a Sullivan.

Eaton le dirigió una mirada cargada de ira.

—Primero me interesa si los cuatro cadáveres que se han encontrado hoy han sido de usted. Dos del valle y dos del depósito.

El ayudante entró en aquel momento.

—*Sheriff*, ya le dije que me lo dejara por mi cuenta. Verá como él y yo nos entendemos. Ya lo verá.

Paul observó el gesto malévolo de Mose, quien se acariciaba los puños. Por encima de su hombro vio en la parte opuesta de la acera el empleado del *saloon* La Luna que conservaba la sonrisa en los labios, pero la visión duró un segundo porque Mose cerró la puerta.

Paul se volvió hacia Eaton.

—*Sheriff* —dijo—. La gente se empeña en andar a zarpazos conmigo.

—¡Yo pondré remedio a esa situación! —grito Eaton incontenible.

Asker asintió.

—Estoy seguro que usted vio desde el comedor de La Luna el abordaje de Jackie.

El *sheriff* enrojeció.

—¿Quiere decir que estuve mano sobre mano para ver cómo se mataban?

Asker sacudió la cabeza respirando con fuerza.

—Hablaré con usted cuando lo desee, *sheriff* —hizo un gesto hacia Mose—. Pero dígale a este hombre que no intente ponerme la mano encima.

Mose se movió a pasos lentos.

El *sheriff* gritó:

—¡Infiernos, Mose! ¡No te lo quiero repetir más!

El ayudante se detuvo a una yarda de Asker, mientras se balanceaba sobre los tacones.

Asker volvió a enfrentarse con el *sheriff*.

—Otra cosa, *sheriff*. Procure que nadie me busque o me encontrará. He venido con un propósito que nada tiene que ver con su pueblo. Es inexplicable cuántos están empeñados en sacarme de quicio.

—¡Asker! —gritó Eaton.

Paul se volvió con la manija de la puerta sin soltar.

—Dígame, *sheriff*.

—¡Nadie le ha dicho que se vaya!

—No, *sheriff*. Creí que la entrevista había terminado. Si algo se le ofrece, no tendré inconveniente en recibirlo en el hotel. Todavía pienso quedarme.

Paul salió antes de que el *sheriff* consiguiera atrapar la hoja de la puerta.

Eaton lo miró desde el hueco.

—Asegúrese, Asker —dijo con los dientes apretados—. Estoy esperando la ocasión de caer sobre usted.

Paul se alejó sin contestar.

No se volvió hasta llegar a la esquina que conducía a la plaza mayor.

De pronto vio avanzar hacia él a un hombre que apenas podía sostenerse en pie. Llevaba un frasco de *whisky* en la mano derecha.

El tipo de detuvo a dos yardas del joven.

—Nadie podrá con Wade Sullivan. Nadie. —Lanzó un eructo y trató de enfocar la imagen de Asker sin conseguirlo.

Paul sintió un escalofrío. Infiernos, llevaba mucho tiempo buscando a un hombre y justo ahora casi se daba con él de narices.

—¿Es usted Wade Sullivan?

—Sí señor… Nadie podrá conmigo… Nadie… y ustedes tampoco.

Quiso dar un paso adelante y trastabilló. Trato de aferrarse a la pared con ambas manos para no caer, pero se desplomo rascando la madera con las uñas.

Paul tuvo tiempo para impedir que se derrumbara en el suelo.

CAPÍTULO VIII

Paul sostuvo a Wade por los sobacos y lo apoyó contra el quicio saliente de una ventana.

Sullivan no se tenía sobre sus propios pies y Paul tuvo que mantenerlo en vilo mientras lo examinaba de un vistazo para ver si estaba mal herido. Pero no vio sangre. El rostro del hombre estaba enrojecido. No tenía ningún golpe en la cabeza.

De pronto, Wade se estremeció y soltó un eructo, murmurando palabras ininteligibles.

Paul apretó los labios al percibir el fuerte olor a *whisky*.

Wade se le durmió en los brazos y entonces Paul buscó con la mirada.

Descubrió un carromato detenido a unas treinta yardas más allá.

Por entre las lonas vio aparecer el viejo Pointer quien le chistó un par de veces y le hizo unos gestos frenéticos con la mano.

Paul asintió al comprender y arrastró casi en el aire al durmiente Sullivan, quien empezó a canturrear entre dientes.

Pointer lanzaba miradas asustadas a todos lados.

—¡Dese prisa, señor Asker! ¡Sería un trago si alguien nos viera!

Paul acortó el camino cargándose bajo el brazo al borracho y lo introdujo en el carromato.

Pointer se aprestó a cubrir el interior con las lonas.

Se enjugó el sudor de la frente.

—¡Canastos, señor Asker! ¡No sabe el trabajo que me ha dado este badulaque!

—¿Por qué lo ha dejado escapar de aquí?

Pointer abrió y cerró los párpados varias veces.

—¿Dejar…? ¡Demonios, si se me ha largado en cuánto me volví a asegurar los caballos! Sullivan soltó un largo ronquido y Pointer

respingó.

—¿Lo ve, señor Asker? ¡Está con una cogorza de espanto...!

—¿Cómo ha dado con él?

El abuelo de Lydia desvió la mirada.

—Verá, Asker. —Se pasó la mano por la cara—. Ya sabe dónde se encontraba. Pero le largué a usted un cuento.

—Páselo por alto. Me di cuenta.

Pointer lo miró con un solo ojo.

—¿De veras? ¡Ah! ¡No sé mentir, señor Asker! Bueno, la verdad es que tuve que asegurarme de que no iba a pasarle nada malo... Eh... Las cosas que se dicen por ahí de usted me inquietaron.

—Usted creyó que buscaba a Sullivan para degollarlo.

Pointer tragó saliva.

—Lo siento, pero me silbó el oído de modo muy feo.

—Comprendo, señor Pointer. Ha hecho bien en no confiarse a nadie respecto al paradero de Sullivan. En realidad, alguien se interesa por él para mandarlo al otro mundo. Pointer aspiró aire.

—¿Por qué, señor Asker?

Paul volvió a preguntar.

—¿Dónde lo tenía escondido?

El viejo miró a ambos lados con temor y de pronto hizo un gesto.

—Será mejor que nos pongamos en marcha, señor Asker. Tengo un nuevo escondrijo donde meterlo, hasta que se le pase la melopea. Le contaré detalles por el camino.

Paul siguió al viejo hacia el pescante.

—¿Cuándo estará en condiciones de hablar con sentido? Pointer se rascó la coronilla produciendo un sonido áspero.

—Ha filtrado tres o cuatro botellas. Cuente una hora por frasco.

—Vamos, Pointer.

La voz alterada de Lydia sonó a pocos pasos de los hombres.

—¿Dónde tienen que ir ustedes?

El viejo ahogó una exclamación y cerró los ojos mientras empezaba a darse vuelta hacia su nieta.

Ella tenía los ojos puestos en Asker.

—¿En qué nuevo enredo quiere meter a mí abuelo, forastero? ¿Dónde va con el carromato?

Paul se enfrentó con ella.

—¿Por qué no pregunta una sola vez, señorita?

Lydia despidió unos destellos por sus hermosas pupilas.

—Bien, señor Asker. Empezaré por la primera. Le dije que no nos mezclara en sus oscuros asuntos.

—Señorita…

—¡No me venga con juegos de palabras! Déjeme acabar.

—Adelante.

Lydia respiró profundamente y su busto cobró más relieve.

—Sé lo que me va a decir antes de que abra la boca. Le advertí que su presencia en el almacén nos perjudicaba y usted se las ha ingeniado para concertar entrevistas secretas con mi abuelo.

—Estamos en plena calle.

—Pero furtivamente —replicó la joven—. Niéguelo si es capaz. Los he visto cuchichear a punto de subir al pescante. ¿Dónde va a parar con sus enredos, señor Asker?

—El señor Pointer me ha ofrecido su carromato para salir a las afueras.

—¿Sí? —Ella hizo una mueca sarcástica—. No es necesario que me diga para qué lo quiere. Es que piensa llenarlos de cadáveres.

Paul entornó los ojos.

—No hables así, Lydia.

La joven respiraba agitadamente.

—No tema que nadie nos oiga, señor Asker. La noticia del aumento de muertos corre de boca en boca y todos mezclan un nombre: Paul Asker.

Pointer carraspeó:

—Hija, se te va de la mano.

Ella continuó con los grandes ojos clavados en Paul.

—Ya sé que no me incumben sus cosas, forastero. Pero le ruego que se mantenga alejado a mí abuelo. ¿Me hago entender? No quiero que lo exponga a su línea de tiro. Y esto no son chismes. Todos hemos visto cómo apretaba el gatillo sin pestañear para ajustar al astroso Jackie. Pensamos que, de no hallarse en el centro del pueblo, usted lo habría matado en el acto. Mi abuelo puede recibir un plomo perdido.

Paul tenía las facciones angulosas. Deshizo el semblante pétreo y dijo:

—De acuerdo, señorita. Trataré de mantenerme a raya.

Pointer gimió:
—Lydia tenía razón, Asker. Y yo que quería enseñarle ese campo de fresas gigantes.
Paul lo miró con un destello de simpatía en las pupilas.
—Más adelante, Pointer.
La joven los estudió y quedó convencida.
En eso aparecieron unas sombras alargadas en una esquina a espaldas de Lydia, que fueron vistas por los dos hombres. Cambiaron una mirada de inteligencia.
De pronto, el viejo hundió un dedo en el vientre de la huía de la derecha, y gritó:
—¿Qué os pasa, pequeñas?
El tronco salió disparado.
Pointer se alejó gritando tras el carro y consiguió subir al pescante al vuelo, en un alarde de agilidad impropio de sus años.
Paul y Lydia se miraron.
—Señor Asker, espero que cumpla su palabra.
Paul abrió la boca pero ella dio media vuelta y alejóse con un fuerte taconeo.
El la dejó llegar a la travesía de la calle Mayor y, cuando la muchacha desapareció de su vista, comprobó que las sombras furtivas de la esquina opuesta habían desaparecido. Entonces, Paul, comenzó a correr por donde había torcido el carromato del viejo.
Al dar la vuelta, lo vio detenido al final de la manzana de casas.
Pointer hizo unos gestos desesperados con ambas manos y el joven corrió velozmente alcanzándolo en pocos segundos, justo cuando el viejo impelía el vehículo hacia las afueras.
—¿Los ha visto, Asker? Parece que se lo huelen.
—No hable, Pointer. Dele al timón.
El viejo soltó una sarta de denuestos y chascó el látigo por encima de las cabezas de los animales.
El vehículo alcanzó el camino recorrido, pero no vio rastro de perseguidores.
—¿Tiene idea adónde vamos, Pointer?
El viejo perdió el sombrero en una ráfaga de aire y gritó por encima del fragor del vehículo que amenazaba por desencuadernase:
—¡De cabeza al escondrijo!

—No estaría de más dar un rodeo. No conviene que nos sigan.

—¡Usted manda, muchacho! —Pointer le dio al látigo—. ¡Infiernos, si nos viera mi nieta…!

Llegaron a campo abierto.

—Deme las riendas, abuelo.

Pointer se volvió.

—¿Cómo?

—Ahora se encaminará hacia el almacén. No puede dejar a la clientela desatendida.

Pointer soltó una carcajada.

—Usted quiere desembarazarse de mí por si hay plomo. ¡Es eso!

—Dígame dónde tiene el escondrijo. Yo los despistare.

El viejo detuvo el vehículo a la sombra de un sicomoro.

—Verá, yo…

Lanzó un largo graznido y lo que descubrió le hizo sal, los ojos de las órbitas.

Paul dijo algo entre dientes cuando los vio acercarse.

Eran cuatro jinetes.

Habían aparecido por detrás de una hilera de árboles.

Los cuatro cargaron con las armas al descubierto.

—¿A los tres, Ribbley? —preguntó uno de los jinetes al que los dirigía.

—Sí. Incluso al viejo Pointer…

El viejo boqueó de espanto y lanzó un extraño gorgoteo.

Paul saltó como impulsado por un resorte y derribó al viejo del pescante incrustándolo dentro de las lonas.

Al mismo tiempo se dejó caer por el otro lado manejando el «Colt» con ambas manos.

Se produjo una ristra de disparos entrecruzados.

El «Colt» de Paul se desprendió de toda la carga y luego se hizo un silencio.

Pointer asomó la cabeza por entre las lonas para ver cómo había quedado Paul Asker y, al verlo en pie, giró Ja cabeza bruscamente hacia la otra parte.

Los cuatro caballos se movían inquietos, sin sus jinetes.

Éstos estaban desparramados por el suelo, en diversas posiciones. Pointer se llevó una mano a la garganta y se la apretó.

—¡Madre mía! ¡Los ha matado a todos! ¿Qué…? ¿Cómo es

posible…?

Asker incorporóse poco a poco, cubierto de polvo de pies a cabeza y siguió la mirada del viejo.

—Yo mismo tengo una noción confusa del acontecimiento.

—¿Qué dice…?

Paul sacudióse el polvo.

—Apenas tuve tiempo de fijarme a dónde apuntaba. No me habrían permitido entretenerme en detalles.

—Infiernos, ¿qué habita hecho entonces si le hubiesen dado un segundo para poder apuntar bien?

—Arriba, abuelo. Antes de que acudan los curiosos.

Treparon al pescante y Pointer tomó las bridas poniendo en marcha el tronco.

Cuando miró de nuevo a Paul, lo vio liar parsimoniosamente un cigarrillo.

—Oiga, muchacho, ¿de qué barro está hecho?… Se acaba de cargar a cuatro fulanos y como si nada.

—Hay que tomarse la vida con filosofía, abuelo —repuso Asker y encendió el cigarrillo cubriendo la llama del fósforo con la mano.

De pronto oyeron la voz de Wade Sullivam procedente del interior.

—¿Ya acabó la tormenta?

Pointer soltó una risa rasgada.

—¿Qué le parece? Ese viejo tonel cree que cayeron rayos y truenos del cielo.

—Voy con él —dijo Paul y se abrió paso por entre las lonas.

Sullivan se había recostado sobre unos sacos y al ver al joven sus ojos parpadearon.

—Al fin lo habéis conseguido, ¿eh, verdugos? Ya me tetéis en vuestras garras… Muy bien. Podéis matarme. Anda, muchacho. Saca de una vez el revólver y pégame un tiro en la cabeza… Te daré las gracias.

CAPÍTULO IX

—Tranquilícese, abuelo —dijo Asker.

—Anda, tira de una vez.

Asker movió la cabeza en sentido negativo.

—No debe temer nada de mí, Sullivan. Soy un amigo suyo.

Wade trató de enfocar la imagen de Paul, pero sus ojos le iban de un lado a otro.

—¿Amigo…? —balbució—. Juro que no vi antes su cara… Lo juro.

—Sí, Wade. Eso es cierto. Nunca me vio antes de ahora, pero a pesar de todo, soy su amigo y quiero ayudarle.

—Oiga, ¿por qué me engaña…? Ya sé, quieren torturar me. Eso es, ¿verdad…? Debí suponerlo. Ustedes acaban con sus víctimas dándoles antes tormento. Son gentuza.

—No, Sullivan. No quiero torturarle ni hacerle el menor daño. Estoy aquí para echarle una mano. Quiero que me cuente muchas cosas, pero no creo que ahora esté para hablar… Debe dormir. Dentro de unas horas se encontrará mucho mejor, y entonces usted y yo volveremos a echar una parrafada. Ande, tiéndase en esos sacos y cierre los ojos.

Sullivan parpadeó confuso.

—Sí, creo que tiene razón. Tengo mucho sueño… Quisiera dormir… Llevo muchos días sin pegar ojo… No, amigo no es el *whisky*, es el pánico. Lo tengo metido en el tuétano… Se lo juro, compañero. El miedo es algo muy malo.

Asker lo ayudó a tenderse en los sacos.

—Cierre los ojos, Sullivan. Ciérrelos.

Wade los cerró. Al principio respiraba muy agitadamente pero poco a poco fue expeliendo el aire con normalidad.

Cuando se hubo dormido, Paul regresó junto a Pointer.

—¿Cómo va el viejo?

—Está atemorizado.

—Y borracho. Pointer señaló hacia un bosquecillo de encinas que había la izquierda.

—En la otra parte del bosque tengo la cabaña. Está junto al lago donde yo vengo a pescar.

—Imagino que todo el pueblo conocerá la ubicación de esa cabaña.

—Sí, pero no he pensado en mi choza para dar cobijo a Wade. A media milla de la cabaña hay una cueva. La entrada está cubierta por arbustos. La descubrí un día que merodeaba por allí en busca de gusanos para cebo. Ya verá cómo te gusta, Paul.

Poco después llegaban ante la cueva.

Los dos hombres se abrieron paso entre los arbustos y Paul observó el interior de la oquedad.

—No está mal esto. Voy a traer a Wade.

El viejo continuaba durmiendo pero, cuando Paul se lo cargó sobre el hombro, empezó a despertar.

—Eh, ¿que hacen conmigo?

—Tranquilo, Wade. No pasa nada. Se va a cambiar de cama.

Pointer atrapó un par de sacos y una manta.

Acostaron a Wade y éste continuó durmiendo. Paul Asker dijo:

—Ande, Pointer. Vuelva al pueblo.

—Me gustaría quedarme.

—No es aconsejable. Todo el que esté cerca de mí arriesga su piel. Por otra parte, debe tener en cuenta a su nieta.

—No quiero que forme mala opinión de ella, Paul.

—¿Quién le dice que pienso mal de ella?

—Le comprendo. Usted conoce bien el mundo y sabe de qué pie cojea cada cual. Se ha dado cuenta de que mi nieta es una muchacha con mucho nervio. Siempre lista para dar respuesta al más pintado…

—Algo de eso he supuesto.

—Pero no tiene mal fondo, ¿eh?

—Tampoco lo de fuera está mal y perdone que se lo diga, abuelo.

Pointer soltó una risita y, después de hacer un saludo con la

mano, se dirigió hacia la salida de la cueva.

—Espero verle por el almacén para que me cuente cosas. Ahí he dejado alimentos para los dos. Si no viene mañana por allí, me daré una vuelta al anochecer para traerles más provisiones.

—Gracias, Pointer. Es usted un buen hombre.

—No tiene importancia —dijo Pointer y salió definitivamente de la puerta.

Al cabo de unos minutos, Paul Asker oyó perderse a lo lejos el ruido del carruaje.

En el saco que había dejado Pointer había latas de conservas. Encendió un fuego y abrió una lata de carne que calentó.

Comió una ración mientras oía los silbidos que Wade producía al dormir. Bien, se lo tenía que tomar con paciencia.

Wade despertó tres horas más tarde. Se sentó en el suelo restregándose los ojos.

—Infiernos, todo me da vueltas —dijo.

Paul estaba frente a él y no le dijo nada hasta que los ojos de Sullivan se detuvieron en su cara.

—¿Cómo está Wade?

El abuelo frunció el ceño.

—¿Me conoce?

—Pointer y yo lo trajimos aquí cuando lo iban a retirar de la circulación.

—Creí que había sido un sueño... Yo iba en un carro cuando estalló una tormenta y luego usted apareció a mí lado...

—La tormenta la armamos otros cuatro hombres y yo. Ellos recibieron los rayos y quedaron fritos.

—De modo que me salvó...

—Digamos que me salvé a mí mismo, y de rechazo, usted también resultó premiado.

Wade se pasó una mano por la cara. Luego miró otra vez al joven.

—¿Cuál es su nombre?

—Paul Asker.

Sullivan abrió los ojos.

—¿Paul... Asker?

—Sí, abuelo.

—¡Por todos los santos del cielo...! ¡Usted era el hombre que

esperaba mi patrón!

—Y su patrón era George Riley.

—¡Condenación, Asker! ¿Por qué no llegó antes?

—No perdí un solo día en el viaje pero llegué demasiado tarde.

—Sí, creo que sí. Esos bastardos se lo hicieron pagar a George.

—¿Le explicó Riley todo lo que se refiere a mí?

—Me dijo que había puesto un anuncio en el *El mensajero de Abilene*. Me sé el anuncio de memoria. Decía así: «Necesito socio con agallas que contribuya con tres mil dólares a explotación de tierras enormes riqueza. Diríjase a George Riley. Oficina de Correos. Bass City. *Round* Valler, Texas. Abstenerse curiosos».

Paul hizo un gesto afirmativo.

—Me interesó porque justamente yo acababa de cobrar tres mil dólares en cierto pueblo donde impuse la paz.

—Ya comprendo. Usted tenía las agallas que se precisaban.

—No puedo vivir sin una emoción diaria —sonrió el joven.

—Supongo que aquí las está cosechando como si fueran coliflores.

Paul se rascó una patilla.

—Algo de eso hay. Escribí a George Riley diciéndole quién era yo y que aceptaba su oferta. Esperé recibir una carta en la que me explicase de qué se trataba antes de que emprendiera el viaje.

—Sí, ya lo sé. El solo le envió un telegrama: «Venga enseguida. Es necesaria su presencia. Si yo he muerto, pregunte por Wade Sullivan».

—Cuando llegué a casa de Riley me encontré con que allí sólo había una mujer y un niño.

—Sí, a George ya se lo habían cargado.

—¿Por qué se lo cargó Dan Charles?

—De modo que está enterado.

—No ha podido ser otro.

Hubo una pausa y Sullivan olfateó como un perro de caza.

—Demonios, tengo el estómago vacío y huelo a carne.

—Abrí una lata de las que nos dejó Pointer.

—¿Le importa que tome un bocado y luego sigamos la conversación? El estómago me hace unos ruidos muy extraños.

—Está bien.

Paul calentó el contenido de la lata y se la alargó a Wade así

como un pedazo de pan. El viejo masticó despacio porque quedaban muy pocos dientes en sus encías.

Mientras, tanto, Paul fumó un cigarrillo.

Por último, cuando Wade hubo engullido el último bocado, se sacudió las migajas de la camisa.

—¿Sabe ya usted de qué va el asunto?

—No he tenido ocasión de enterarme de nada. Apenas me han dejado respirar para salvar mi vida en unas cuantas ocasiones.

—También le han echado el ojo.

—A Dan Charles le habrá resultado muy sencillo. Tenga en cuenta el telegrama. Si el de la estación eres amigo suyo, le bastó con comunicarle el contenido del que me envió George Riley.

—Tiene razón.

—Dígame ahora, ¿qué es lo que se cocía Riley?

—Un asunto de millones.

—Hable en cristiano.

—Petróleo.

—No está mal.

—La hacienda de Riley descansa sobre un lago de petróleo.

—Imagino que abarcará todo el valle.

—Sí.

—Y por eso Dan Charles se ha proclamado a sí mismo como protector de los habitantes de esa parte de la comarca.

—Es un tipo que sabe lo que se hace.

—Quizá le resulte un poco difícil llegar a lo que él se propuso.

Wade escupió por el sesgo de la boca contra una piedra.

—Perdone, pero cada vez que hablo de Charles tengo que enjuagarme un poco —hizo una pausa—. Hasta ahora le fue bien a ese tirano. Su forma de obrar es la mar de sencilla. Indemniza con una cantidad al propietario del terreno, unos cuantos centenares de dólares. Si el tipo se pone pesado, sube el precio, según sea la extensión de la tierra. Si el propietario continúa resistiéndose, entonces entran en acción los pistoleros de Charles para ablandar al recalcitrante.

—En el caso de Riley, llegó hasta los cinco mil dólares.

—Riley era dueño de la más extensa franja de terreno del valle. Pero el fallo de Dan Charles consistió en que George también supo lo que había debajo de aquel suelo. El petróleo casi aflora a tierra

en un lugar situado a unas seis millas de la casa. George envió una muestra a Austin aunque ya sospechaba de lo que se trataba. El informe fue positivo. Era petróleo. Pero Dan Charles siguió estrechando su cerco. Amenazó a George con liquidarlo si no vendía. Mi patrón se dio cuenta de que ese canalla llevaría a cabo su propósito. Fue entonces cuando se le ocurrió lo del anuncio.

—¿Estaba usted con él cuando lo asesinaron?

—Los vimos llegar y tuvimos tiempo para ponernos a resguardo. Eran seis cuervos de alma tan negra como su pelaje. Tuvimos suerte al principio. Nos cargamos a dos en un santiamén, pero los otros cuatro empezaron a enviarnos plomo. George fue alcanzado en el pecho por una bala y me dijo que me largase, que él ya estaba muerto. Me pidió que me escondiese ya que usted, cuando llegase aquí, sabría encontrarme. No quise dejarlo y le dije que intentase ganar la cabaña mientras contenía a aquellos tipos. Logré convencerlo y se largó. Lo vi desaparecer por entre lo árboles y ya no lo volví a ver vivo. Yo permanecí allí durante unos quince días, tuve suerte. Por último, cuando supuse que Riley estaba ya bastante lejos, me largué también porque de un momento a otro aquellos hombres me habrían ultimado.

—Lo hizo bien.

—Desde entonces he permanecido escondido y casi sólo me he alimentado con *whisky*. A propósito, ¿tiene por ahí un frasco?

—No, Wade.

—Es que tengo sed.

—Iré un momento al lago y le traeré agua.

—¿Agua? Hace tiempo que no la bebo.

—Ya va siendo hora de que lo haga. Quédese aquí.

—De acuerdo, pero todavía no me ha dicho una cosa.

—¿El qué?

—¿Cómo va a hacer frente a Dan Charles?

Paul guardó silencio y luego se golpeó la culata del revólver con la diestra.

—Con esto.

—Pero usted es un hombre solo y Dan Charles tiene un ejército.

—Estoy acostumbrado a esta clase de trabajo. En realidad no he hecho otra cosa en toda mi vida. Siempre lo hice por los demás y ahora soy socio de un hombre que fue asesinado.

—Quisiera tener su valor.

Paul le dirigió una sonrisa.

—Usted lo tuvo más que nadie cuando aguantó por Riley a aquellos cuervos de almas negras.

Paul tomó la lata que había contenido la carne y salió de la cueva encaminándose al lago. Al llegar a la orilla, lavó la lata. Estaba en cuclillas cuando de pronto oyó dos estampidos.

Se levantó de un salto, y dejando caer la lata, echó a correr hacia la cueva, justamente el lugar donde se habían producido los estampidos.

Cuando estuvo cerca, interrumpió su carrera y miró por los alrededores sin ver a nadie. Esperó oír los cascos de algún caballo pero tampoco eso se produjo.

Siguió avanzando y ya estaba a unas diez yardas de la entrada de la gruta cuando oyó una voz a su espalda:

—¿Cómo quiere que le hagamos el asado, Asker?

CAPÍTULO X

Paul quedó inmóvil, los músculos tirantes.

Oyó una risa y luego otro hombre dijo:

—Lo haremos como aquella vez en Yuma, Lewis. ¿Te acuerdas del tipo con el que jugamos a la pelota? Tú me lo enviabas a mí con balas y yo te lo devolvía con más plomo.

—Sí, Kent. Es un bonito juego.

Paul casi los había situado después de oír sus palabras. Estaban detrás de él, pero entre ambos podía haber una distancia de diez a quince yardas. Tenía que asegurarse más porque sabía que sólo tendría tiempo para colocar dos balas. Si fallaba alguna era hombre muerto.

—¿Qué han hecho con Sullivan? —preguntó.

—Recibió ya el premio —contestó el hombre llamado Lewis.

Asker sintióse preso de ira pero eso no era nada bueno para él en aquella situación y, después de respirar profundamente, relajó el cuerpo.

—Quiero hablar con Dan Charles —dijo.

—Ya hablaste una vez.

—Me hizo una oferta y ahora quiero aceptarla.

Los dos tipos rieron a golpes y el tipo llamado Kent dijo:

—¿Qué te parece? El muchacho nos ha salido listo. Está en el matadero y ahora se acuerda de la oferta de Dan.

—A todos les pasa lo mismo. Tienen miedo de la muerte. Eso es lo que les sucede y por eso son capaces de vender a su abuela en un momento como éste.

—Sí, tienes razón. Bueno, muchacho, empecemos el juego. Tira tú primero.

Paul saltó como impulsado por muelles metálicos y se

contorsionó dos veces en el aire para burlar los primeros disparos.

Estuvo a punto de no conseguirlo ya que una de las balas rozó el cuello abrasándole la piel.

Su diestra no estuvo quieta mientras surcaba el aire.

Sacó el revólver y tiró hacia la derecha, justo el lugar donde se encontraba uno de los tipos.

Una fracción de segundo después, sin esperar resultados, hizo girar el arma y envió el segundo plomo.

El primer tipo fue alcanzado por el proyectil en el pómulo. Hizo un gesto extraño, a una velocidad increíble, y se desplomó chocando contra el tronco de un árbol.

El segundo recibió la posta en el centro del pecho y fue lanzado hacia atrás. Mientras trastabillaba por evitar la caída, su revólver escupió plomo tres veces, pero disparó incontroladamente, sin apuntar a ningún blanco determinado.

Al fin de su corta carrera, sus piernas no lo pudieron sostener, y se abatió también.

Paul golpeó la cadera en la tierra y quedó tendido de bruces, el revólver listo para rematar la faena si alguno de los tipos había quedado vivo.

Pero en aquel lugar se hizo un silencio tan sólo roto por el chillido de los pájaros que, al ruido de los estampidos, escaparon de las ramas de los árboles.

Se puso en pie y, después de observar los dos cuerpos exánimes, corrió al interior de la gruta.

Se detuvo al ver a Wade Sullivan tendido cara al techo, los ojos abiertos con dos balazos en la frente.

Sintió una profunda amargura y se maldijo por haberlo dejado solo.

Permaneció un rato inmóvil sintiendo que se le hacían nudos en las tripas.

Al fin, rompió su inmovilidad, y echándose sobre Wade, le cerró los párpados.

Pocos minutos después se ponía en camino. No iba solo, le acompañaban tres muertos.

El montaba uno de los caballos de los forajidos y ante sí, atravesado, transportaba el cuerpo de Wade. En el otro caballo iban los cadáveres de los dos asesinos.

Cuando llegó al pueblo, la gente se detuvo viéndolo pasar.

Algunos hombres entraron en los negocios para dar la noticia y la gente se aglomeró en las aceras.

Paul se detuvo con su fúnebre carga ante la oficina del *sheriff*. Puso pie en tierra y paseó la mirada por el enjambre de curiosos que parecían haberse convertido en estatuas.

No, Dan Charles no estaba entre ellos. Sacó un pañuelo con el que se enjugó el sudor y el polvo de la cara y luego subió el entarimado de la acera.

Los hombres se apartaron rápidamente dejándole paso libre hacia la entrada de la oficina. Ésta se abrió de repente y en el hueco apareció el *sheriff* Eaton y su ayudante Mose.

Los dos observaron los cuerpos sin vida que estaban sobre los caballos.

—¡Demonios! —exclamó Mose—. Ese de ahí es Wade Sullivan. Era un tipo honrado y lo ha matado este pistolero.

Paul miró fijamente a las pupilas del *sheriff*.

—Wade Sullivan fue la víctima de esos asesinos.

Eaton no dijo nada pero Mose exclamó:

—¡No lo crea, jefe! Recuerde que él estuvo preguntando todo el rato por Wade Sullivan.

Eaton siguió sin decir nada y Asker preguntó:

—¿Puedo hablar con usted a solas en la oficina, *sheriff*?

—Puede —contestó.

Mose fue a protestar pero el *sheriff* levantó una mano.

—Cállate, Mose. Ocúpate de los cadáveres.

—Infiernos, si nos hemos quedado sin ataúdes… Recuerde a los cuatro tipos que recogimos en las afueras.

—Vete a las Pompas Fúnebres de Fletcher y dile que ponga más hombres a trabajar en las cajas.

Mose fue a replicar pero pegó una dentellada al aire y salió de la oficina. Al pasar junto a Paul se detuvo y lo miró a la cara.

—Apuesto a que una de las cajas va a ser para usted.

—En alguna parte me la tienen que hacer. Es lo que me dije hace tiempo.

El ayudante arrugó la nariz y bajó del porche.

Paul entró en la oficina y el *sheriff* cerró la puerta yendo hacia su mesa.

De la calle llegó un fuerte runruneo.

—La ha armado buena —dijo Eaton.

Paul se apoyó en la pared y cruzó las piernas.

—Tiene que prepararse para cosas peores.

Eaton dio un respingo.

—Piensa seguir matando, ¿eh?

—No mato por gusto.

—Cuénteselo al que esté dispuesto a creerlo.

Paul sacó el tabaco y el papel y se puso a liar un cigarrillo. Sin mirar al *sheriff*, presunto:

—¿Está usted conforme con lo que hace Dan Charles?

—Aquí no juzgamos a Dan Charles, sino a usted.

—He querido ir al grano.

—Entonces, lo que debería hacer es marcharse. Ése es el grano que yo entiendo.

—¿Le paga Charles para que secunde sus órdenes?

La cara del *sheriff* empezó a ponerse encarnada.

—¿De dónde ha sacado eso?

—Dan Charles es el tipo poderoso del valle y hace cosas que son contrarias a la ley.

—¿Por ejemplo?

—Se apropia del terreno de los demás.

—Está usted mal informado, Asker. Dan Charles indemniza a todos los propietarios que voluntariamente quieren venderle su tierra.

—¿Sabe que debajo del valle hay un lago de petróleo?

El *sheriff* arrugó la nariz.

—¿Qué clase de cuento le contaron?

—Es la única razón por la que Dan Charles indemniza a los propietarios. Es por lo que Dan Charles amenaza cuando con su dinero no puede conseguir lo que quiere. Es la única razón por la que Dan Charles mata cuando ni con dinero ni con amenazas puede apropiarse del terreno que le interesa.

Eaton se pasó una mano por el cabello.

—Júremelo, Asker. Júreme que me está diciendo la verdad.

Paul había terminado de liar el cigarrillo y alzó los ojos.

—Se lo juro, *sheriff*.

Eaton lo estuvo mirando un rato y de pronto dio un suspiro y se

relajó en la silla.

—Debí suponer algo de eso. Al principio creí que sería oro y ahora resulta que es petróleo.

—¿Qué piensa hacer, *sheriff*?

—Y yo qué sé.

Asker encendió el cigarrillo y, después de lanzar una bocanada de humo, echó a andar hacia la puerta diciendo:

—Déjelo de mi cuenta, autoridad.

El *sheriff* se puso en pie de un salto diciendo:

—¡Condenación! ¡No puedo dejarlo de su cuenta!

El joven se detuvo a la puerta y giró clavando sus pupilas en el rostro del *sheriff*.

—¿Se le ocurre otra cosa, Eaton?

—No puedo dejar que usted los mate por docenas.

—Trataré de que no mueran como hasta ahora. Los tumbaré con guijarros.

—Muy gracioso, enormemente gracioso, pero ahora no me puedo reír.

—Está bien, *sheriff*. Sólo tengo una idea.

—¿Cuál?

—Ajustar las cuentas personalmente a Dan Charles.

—¿Cree que eso le va a ser fácil?

—Imagino que no.

—Lo van a abrasar, Asker —exclamó el *sheriff* apuntando con el dedo índice—. Se lo digo yo.

—Sé que me tiene ganas.

—Si todo lo que me ha contado es cierto, y lo admito como tal porque me lo ha jurado, Dan Charles procurará que usted no vea el nuevo sol.

Paul cabeceó de arriba abajo.

—Ya lo tengo en cuenta. Hasta la vista, *sheriff*.

Eaton quiso decir algo pero por sus labios escaparon sonidos incoherentes.

Paul salió de la oficina e instantáneamente todas las conversaciones cesaron en la calle.

Echó a andar por la acera de tablones, todos volvieron la cabeza siguiéndolo con la mirada.

Entró en el almacén de Pointer pero allí no estaba el viejo, sino

su nieta.

—¿Qué tal, señorita Pointer?

—¿Ya viene en busca de mi abuelo?

—Quise contarle personalmente lo que pasó con Wade Sullivan.

—No hace falta que le cuente nada.

—Hubiese dado años de mi vida por salvar a Wade pero las cosas salieron mal… Lo siento.

Pronunció aquellas palabras con tal tono de veracidad que a joven lo miró con fijeza.

—Me gustaría creerle.

—Es la verdad.

—Usted es un tipo muy extraño.

—La comprendo.

—¿Quiere que le diga mi opinión?

—Sí.

—Pensé que era como una roca, sí, tan duro como una piedra. Eso fue la primera vez. Luego la segunda, me pareció un hombre de hielo. Sí, hasta me produjo escalofríos el estar cerca de usted.

—¿Y ahora?

—Ahora no sé a qué atenerme. Su forma de comportarse me llena de confusión.

—Parece que he mejorado un poco en su pensamiento. Lo celebro. Usted, en cambio, señorita Pointer… —se interrumpió.

—Continúe.

—Me gustó desde el primer momento.

—¿Cómo?

—Ya lo oye. Me gustó.

—¿Y lo dice así?

—¿Cómo quiere que lo diga?

—Ya salió la roca.

—Hay cosas que no estoy acostumbrado a decir.

—El hielo.

Paul sonrió.

—Aprecio su buen humor.

Dio unos pasos hacia ella.

—No se acerque, señor Asker.

—¿Por qué no?

—No quiero que me congele.

Paul se miró las manos.

—Sin embargo, nunca las tengo frías.

—No lo serán para usted.

El dio otros dos pasos hacia la joven y ésta no protestó. Se detuvo ante el mostrador a cuya otra puerta se encontraba Lydia.

—He recordado mucho sus ojos, señorita Pointer.

—¿Qué tienen mis ojos?

—Son los más bellos que yo he visto en mi vida.

—¿A quién le pidió prestada la frase?

—No la oí nunca, si es a eso a lo que se refiere. Perdone si digo algo que usted estará cansada de oír. Ya le he dicho antes que soy torpe. Y su piel…

—¿Mi piel?

—Pienso que debe ser muy suave cuando uno la acaricie.

Envidio al hombre que lo pueda hacer.

—No existe ese hombre.

Paul levantó la mano muy despacio y la acercó a la cara de ella. Apoyó el dorso en la mejilla e hizo resbalar sus dedos.

—Y sus labios, señorita Pointer… son rojos como la sanare y dan sensación de frescura. Deben serlo… Estoy seguro que deben ser muy frescos.

—Nadie lo comprobó.

Paul inclinó su cabeza sobre la de ella y rozó con su boca los labios femeninos. Fue una presión suave.

De pronto oyeron pasos y Paul se apartó. Vio cómo el rostro de la joven se encendía.

El viejo Pointer entró en el almacén y se detuvo al ver a Asker. Paul también lo miró a la cara.

—Perdone, Pointer, pero no pude hacer nada por Wade.

—No hace falta que se excuse. Ya se jugó la vida unas cuantas veces y lo importante es que hizo justicia liquidando a los dos asesinos. ¿Fue así?

—Sí, Pointer.

—Está bien, Paul. No hay tiempo que perder.

—¿A qué se refiere?

—Salga por la puerta trasera y no haga preguntas.

Asker descansó el cuerpo sobre una pierna.

—¿Qué pasa, Pointer? Dígalo de una vez.

—Acaban de llegar dos hombres al pueblo. Saltaron de los caballos frente al *saloon* La Luna. Vieron los cadáveres que usted trajo hace un rato y preguntaron quién los había matado. Mose, el ayudante del *sheriff*, les dijo su nombre y enseguida preguntaron dónde lo podrían encontrar a usted.

—Ya. Hombres de Dan Charles.

—Seguro que sí y tienen el peor aspecto que he visto en mi vida. Dan los debe haber contratado especialmente para acabar con usted.

—Me concede una gran categoría.

—¿Qué está esperando, muchacho? Váyase de una vez antes de que se quede aquí para siempre.

—¿Dónde están ahora los tipos?

—En el porche del *saloon* mirando a todas partes. Tenía que haber visto sus ojos. Parecen los de águilas rapaces. Sólo esperan el momento de verlo aparecer para tirar de las armas.

—Gracias, Pointer —dijo Paul y echó a andar hacia la puerta.

—Eh, Asker, ¿adónde va?

—Nunca me ha gustado hacer esperar a la clientela.

Ya iba a continuar su camino cuando Lydia exclamó:

—No vaya, señor Asker, por favor.

El la miró a los ojos.

—Es necesario, señorita Pointer.

Luego Asker se llevó la mano al ala del sombrero a manera de saludo y salió a la calle.

La gente continuaba en las aceras y al aparecer Asker por la puerta del almacén se oyeron exclamaciones que fueron cesando poco a poco.

Paul miró hacia el tramo donde se ubicaba el *saloon* La Luna. Allá estaban los dos hombres a los que Pointer se había referido.

Ellos también se volvieron al oír el runruneo de los ciudadanos.

Paul se mantuvo unos segundos inmóvil y echó a andar hacia donde estaban los dos tipos.

CAPÍTULO XI

Los pasos de Asker resonaron sobre los tablones de madera.

En pocos instantes los curiosos que se encontraban entre el joven y los dos recién llegados saltaron de aquel tramo rendo a la otra parte o se escondieron en las casas cercanas.

Paul siguió avanzando y los dos fulanos que estaban al otro lado permanecieron inmóviles mirándolo fijamente:

El ayudante Mose se encontraba en el porche de la oficina.

De pronto caminó muy aprisa hacia la puerta y la abrió le un tirón gritando con voz tan fuerte que todos lo pudieron oír:

—¡Eh, jefe! ¡Al fin le van a dar la medicina! ¡No se lo pierda!

Pero el *sheriff* no salió de la casa y Mose giró bruscamente y quedóse mirando hacia el *saloon* La Luna.

Paul continuaba su camino.

Se detuvo a tres yardas de donde estaban los dos tipos. Uno de éstos era alto, de cabello negro, dos de cuyos rizos le caían sobre la frente. Las facciones de su cara eran alargadas, los ojos azules y el mentón hendido.

Él otro era de mediana estatura, muy fuerte, de cabello rubio, alborotado, cuyas greñas se le desbordaban por el sombrero. Su nariz era aguileña y los ojos verdosos.

El más alto dijo:

—Hola, Paul.

Añadió el segundo:

—¿Cómo estás, Paul?

Asker movió la cabeza.

—¿Por qué infiernos habéis venido?

—Nos dejamos caer por Kansas City —contestó el moreno—, y allí nos dieron tu nueva dirección. —Seguro que fue cosa del dueño

del hotel.

—Recibiste un telegrama y él, conforme a su costumbre, lo leyó antes que tú.

El rubio se echó a reír enseñando unos dientes muy blancos, bien alineados.

—Ya nos han dicho que estás metido en jarana.

—Puede, Bub —dijo Paul.

Bud tendió la mano hacia su compañero.

—Suelta ese dólar, Marck. Te gané la apuesta.

Marck, el moreno, sacó una moneda de a dólar que depositó en la palma del otro.

Paul movió la cabeza.

—Seréis un par de locos si os quedáis aquí.

Marck arrugó la nariz.

—Así que el asunto está que arde.

—Al rojo vivo —asintió Asker.

El rubio Bud sonrió.

—Entonces seremos tres locos.

Asker quedó pensativo.

—Está bien. Después de todo, creo que los de las Pompas Fúnebres están haciendo horas extraordinarias para fabricar las cajas.

Marck y Bud rieron a un tiempo y el primero dijo:

—Anda, Bud, invítanos con ese dólar a un vaso de *whisky*. Necesitamos engrasar si es que vamos a mover mucho el dedo.

Asker hizo un gesto afirmativo. Entró el primero en el *saloon* y los recién llegados a la ciudad, le siguieron.

El tipo de cara angulosa y permanente mueca sarcástica, seguía en la mesa de dados.

—Le dije que no apareciese por aquí, Asker.

Paul se volvió hacia él.

—Y yo le dije que volvería a beber un vaso y que tendría que hacerse a la idea.

El tipo observó dubitativamente a los dos hombres que acompañaban a Paul y dijo:

—Está bien, Asker, sólo lo hacía por el buen nombre del establecimiento.

—¿Cuál es su nombre, fulano? —preguntó Paul.

—Steven, Odgen Steven.

—Muy bien, Steven. Olvídese de que existo. Tengo mucha paciencia pero ustedes me la han agotado en este pueblo. La próxima vez que se dirija a mí en el tono que acostumbra, le daré un repaso a su dentadura.

—Si va a ser a puñetazos, prefiero que sea ahora.

—A su gusto.

Marck dio un paso al frente.

—Déjamelo, Paul.

—No, muchacho. Steven, a quien tiene ganas es a mí. Odgen Steven arrojó los dados sobre el tapete verde y Cuando dejaron de correr observó los números que había sacado y anunció sonriente hacia Paul.

—Ocho. Mi número favorito.

—Enhorabuena.

—Hace bien en dármela ahora porque luego no estará en condiciones de hacerlo.

—Adelante, Odgen. Tengo ganas de beber.

Steven rodeó la mesa de los dados y se dirigió rápidamente hacia Paul. A mitad de camino, levantó los puños.

Asker lo esperó con el cuerpo relajado, los brazos colgando a lo largo de sus costados.

Odgen Steven disparó la derecha.

Todo ocurrió muy aprisa. Paul levantó rápidamente el brazo izquierdo y el puño de Odgen hizo un agujero en el aire. Luego la derecha del joven se tornó borrosa al dispararse hacia la cara del grandullón.

Sonó un restallido tan fuerte como un disparo y Odgen salió despedido a una terrible velocidad. Chocó contra una columna que encontró en su camino y muchos de sus huesos crujieron como si se resquebrajaran. Puso los ojos en blanco y, después de soltar una arcada, se venció hacia delante golpeando la cara y el pecho contra el piso de madera.

Marck se volvió hacia el hombre que estaba detrás del mostrador.

—Tres amigos que se han vuelto a encontrar quieren remojar el gaznate. ¿Puedes ser, compañero?

—Claro que sí —contestó Tad Bates bailándole la nuez en la

garganta.

Los tres amigos bebieron y luego Marck preguntó:

—¿Quién es nuestro enemigo?

—Dan Charles.

—¿Tiene mucha gente?

—Unas cuantas docenas y dinero suficiente para pagar a un centenar. El rubio Bud hizo chasquear los dedos.

—Siempre nos salen bicocas.

Paul rió.

—Todavía estáis a tiempo de marcharos.

Marck se apretó el puente de la nariz.

—¿Cuál es tu empeño, Paul?

—Resulta un poco complicado. Todo empezó en el hotel una mañana que me eché a la cara *El Mensajero de Abilene*. En la página de anuncios iba insertado uno que llamó mi atención.

Asker siguió contando de qué forma se había visto envuelto en aquel lío que le había obligado a jugarse la vida en unas cuantas ocasiones desde que puso los pies en Bass City.

Cuando hubo terminado, Bud encanutó los labios y lanzó un silbido.

—¡Que me emplumen si nos hemos visto alguna vez en un avispero como éste!

Las puertas de vaivén se abrieron y uno tías otro entraron seis tipos en el local.

Los seis parecían cortados por el mismo patrón. Casi eran de la misma talla, un poco superior a la normal, delgados, de caderas escurridas. Sólo tenían distinto el color del cabello, porque su indumentaria también era idéntica, astrosa, llena de polvo y sus barbas eran crecidas y muchos de ellos mostraban en la cara cicatrices de antiguas heridas.

Uno de los del centro, de nariz muy aguileña, dio un paso adelantándose a sus compañeros.

—Hola, Asker.

Paul lo miró atentamente sin decir nada. Fue Bud quien habló.

—¿Lo conoces, Paul?

—Es la primera vez que me lo echo a la cara.

Bud se dirigió al tipejo.

—¿Qué mosca le picó, compañero?

—Formo parte de una comisión que ha venido a presentar sus respetos a Paul Asker.

—Caramba, eso sí que es bueno, ¿eh, Paul? Se ve que aquí se te aprecia.

El otro fulano cabeceó.

—Le hemos traído un regalo muy especial. Seis onzas de plomo con la especial dedicatoria de Dan Charles.

—¿Si? Retrucó Bud. —¿Y qué dice la dedicatoria?

—«Vaya, con mis mejores recuerdos».

—Vaya, ese Dan Charles es un tipo muy fino. ¿Cuál es su nombre, compañero?

—Scott Spring.

—Pues óigame ahora, Scott. Dé media vuelta, atrape los cinco monos que tiene detrás y empiece a largarse.

Marck hizo un gesto negativo.

—Te estás portando mal con estos muchachos, Bud. Estoy seguro de que ellos han venido a cumplir un penoso deber.

Scott sonrió enseñando unos dientes manchados de nicotina.

—Nada de penoso deber. Nosotros hemos venido aquí a darle al gatillo con mucho gusto.

Paul Asker dejó oír su voz.

—Ya lo veis muchachos. No tenemos remedio.

Scott retrocedió un paso cubriendo el hueco que había dejado al salir de la fila.

—Apártense, compañeros. Dejen sólo a Paul Asker.

Bud arrugó la nariz.

—Infiernos, Paul. Quieren hacer un fusilamiento.

Marck se miró las uñas.

—Es una mala costumbre que han debido adquirir en la guerra de México.

Scott volvió a hablar.

—Si no se apartan, tiraremos contra los tres.

Bud dio un respingo.

—¿Lo oís, muchachos? No se andan por las ramas. Si nos descuidamos nos vamos los tres al hoyo.

Marck hizo castañetear los dientes.

—Miren qué miedo tengo, miren —estremeció las piernas—. Me han convertido en un flan…

Bud se tambaleó.

—¡Que me caigo…! ¡Traigan una silla que me caigo!

Paul Asker estaba inmóvil, en medio de sus dos amigos.

Scott hizo un gesto de rabia.

—Muchachos, intentan burlarse de nosotros…

Bud se detuvo.

—¿En qué lo has advertido?

Scott hizo rechinar los dientes.

—¡Fuego, chicos!

Los nueve hombres, seis de un lado y tres de otro, echaron manos al revólver.

Tad Bates se dejó caer a cuatro patas por detrás del mostrador sintiendo cómo su local se convertía en un horno de fuego.

Tres proyectiles abrasaron el mostrador yendo a picotear en la pared y otros dos cruzaron por la parte de arriba destrozando las botellas que había en los anaqueles.

Al fin cesó el estruendo y entonces Bates se puso en pie para contar los cadáveres. Fue a empezar por Paul Asker y sus amigos pero abrió mucho los ojos al ver que dos de ellos estaban en pie y que el tercero, el rubio Bud, se enderezaba en aquellos momentos soltando una risita.

—No lo hicimos mal del todo, ¿eh, compañeros?

Bates miró al otro lado y tuvo que apoyarse en el mostrador para no caer. Allá estaban los seis enviados de Dan Charles y ninguno de ellos había quedado vivo para contarlo.

Paul repuso la munición de su «Colt».

—Ya sabéis que nunca me han gustado las carnicerías.

—Díselo a ellos —rezongó Marck mientras atrapaba su vaso de *whisky*.

Una vez cesado el fuego, la gente, en la calle, corría hacia aquel lugar para enterarse de lo ocurrido.

El ayudante Mose irrumpió por las puertas como un ciclón, tropezó con uno de los cadáveres y se desplomó en el suelo.

—¡Maldita sea…! —exclamó y cuando estaba a gatas dobló la cabeza y al ver los cuerpos sin vida soltó un gallo—: ¡No puede ser! ¡Un hombre solo no se puede cargar a seis!

Paul Asker habló con voz monótona.

—Esta vez me ayudaron, Mose.

El ayudante se puso en pie de un salto y miró a Paul Asker, a Bud y Marck.

—Eh, oiga, ¿quiénes son estos tipos?

Bud se quitó el sombrero e hizo una reverencia.

—Bub Harlem, comisionista de la casa Zumba antes de que te zumben.

Marck se pegó un papirotazo en el ala superior del sombrero y dijo echándose hacia atrás:

—Marck London, profesor de Lenguas Muertas.

—Y un cuerno —exclamó Mose—. No se lo cree, ¿eh? —dijo Bud —. Pues sepa que mí amigo Marck London daba clases de latín en la Universidad de Saint Louis. Luego se ha dedicado a enviar bastardos a la tumba. Siempre lo mismo. Lenguas Muertas.

Mose miró con los ojos entornados a Paul.

—Usted se los trajo, ¿eh?

—Se equivoca. Ellos vinieron por su propio pie.

El *sheriff* entró en el local.

—¿Qué pasa, Mose?

El ayudante señaló los cadáveres.

—¿Qué le parece eso, jefe? Otra cosecha. Y esta vez es de las buenas.

—Llévatelos.

—¡Condenación! ¡Voy a necesitar un carro…!

—Si no lo tienes a mano, lo expropias en nombre del ayuntamiento.

—Está bien, está bien —rezongó Mose y se fue en busca del carro.

El *sheriff* avanzó sobre Asker.

—Oiga, Paul. Me acaban de informar que se ha formado una comisión de ciudadanos que quieren protestar.

—¿Contra qué? —preguntó Bud.

El *sheriff* arrugó la nariz y se miró la punta de las botas.

—¿Contra qué cree usted? —preguntó casi en un gemido.

Fue Marck quien contestó:

—Hay gente que hace ruido cuando no debe. Eso debe ser, muchachos. Hace poco oí unos estampidos.

Bud compuso una mueca de ingenuidad.

—¿Es eso cierto, Marck? ¿Ruidos extraños? No lo podré resistir,

no podré. Tengo mucho sueño —caminó hacia la mesa de los dados y se tumbó en ella de lado.

El *sheriff* tragó una bocanada de aire.

—¿Quiénes son estos dos tipos, Asker?

—Dos muchachos alegres, como usted puede ver.

—Demasiado alegres diría yo.

—Hemos hecho unas cuantas cosas juntos.

—Le entiendo. Y aquí lo quieren repetir.

—No depende de nosotros, ¿sabe?

—Pero usted no tiene ningún derecho a intervenir en las cosas de este pueblo. Y no me vuelva a colocar esa historia de antes acerca de Dan Charles.

—¿No me creyó? —Todavía no estoy muy seguro.

—Oiga, *sheriff*, respecto al derecho que yo pueda tener a intervenir en las cosas de Dan Charles, he de decirle algo que no le expliqué antes. Soy socio de George Riley.

—Un nuevo cuento.

Asker sacó del bolsillo el telegrama que había recibido de Riley y lo tendió al representante de la ley.

Eaton lo leyó para sí, después de devolverlo a Paul, dijo:

—Cada vez me estoy poniendo más enfermo. Tendré que ir a casa del doctor a que me recete un kilo de pastillas para el dolor de cabeza.

Dio media vuelta y salió rápidamente del local.

Asker tocó con el codo a Marck.

—Quedaros por aquí.

—Oye, ¿por qué no vamos de una vez en busca de ese Dan Charles?

—Ahora es de día y lo pillaremos prevenido.

—¿Entonces, esta noche?

—No te ilusiones demasiado y mantén la boca cerrada.

—De acuerdo, Paul. Tú mandas.

Asker le pegó una palmada en la espalda y salió a la calle.

Entre el grupo que había enfrente se produjo una conmoción. Uno de los tipos gritó:

—¡Es un asesino! ¡Si el *sheriff* no lo quiere detener hagámoslo nosotros!

Paul se movió lentamente hacia los curiosos y fue como si les

hubiese lanzado un arma invisible porque todos retrocedieron atemorizados.

Paul los estuvo observando durante un rato. Luego dio media vuelta y echó a andar hacia el almacén. En el camino se cruzó con Pointer quien dijo:

—Voy a refrescarme al *saloon*, diablos.

Paul le dirigió una sonrisa y entró en el almacén.

La joven se hallaba en compañía de la señora Mortimer, quien estaba examinando puntillas para las enaguas.

—Hola —dijo Paul.

La señora Mortimer pegó tal salto que estuvo a punto de sentarse en el saco de las bellotas.

Lydia tuvo que cubrirse la boca con la mano para no soltar la carcajada. La señora Mortimer restableció con solemnidad su vertical y levantó la barbilla.

—Me voy, Lydia. No puedo estar bajo el mismo techo que algunas personas.

Paul hizo una gentil inclinación ante la dama cuando ésta pasó camino de la puerta.

Los dos jóvenes quedaron solos y entonces Lydia dijo:

—¿Qué le ha dado a la señora Mortimer que no lo puede tragar, señor Asker?

—La señora Mortimer pertenece a una fauna que existe en todas las ciudades. Estoy habituado, Lydia, y hace mucho tiempo aprendí a no meterme con ellas. Estas damas resultan peores que los más peligrosos pistoleros.

—A propósito de pistoleros, le llegaron muy a tiempo sus dos amigos.

—Si. No me puedo quejar. Gracias a ellos sigo viviendo.

—Mi abuelo me ha contado alguna cosa respecto al asunto que se refiere a usted pero sigue siendo para mí un rompecabezas.

—Entiendo.

—¿Le molestaría mucho contármelo todo?

—Será un placer.

Por segunda vez, Asker hizo un relato de su aventura. Cuando lo hubo concluido, Lydia siguió mirándolo fijamente, acodada en el mostrador.

Paul se sonrió.

—Ya he terminado, Lydia.

Los ojos de la joven parpadearon.

Le hubiese estado escuchando durante otro rato.

—Tenga cuidado, Lydia.

—¿Con qué?

—Conmigo. Antes le di un beso y nos interrumpieron. Ahora quisiera darle otro.

—¿Quién lo detiene?

—Haría un mal negocio enamorándose de mí.

—¿Dónde está el mal negocio?

—Soy un.

gun-man

—Un hombre que hace justicia, diría yo. Es una mejor definición.

—¿Y mi vida anterior?

—Estoy segura de que nunca hizo nada malo.

—Es muy sincera. —Usted ha sido el primero en hablar con sinceridad.

Paul se acercó otra vez a la joven.

—Hay un mostrador por medio —dijo.

Puso la mano izquierda sobre la madera y saltó al otro lado.

Lydia permaneció en el mismo lugar cuando él se le acercó.

El brazo varonil rodeó la cintura de la muchacha.

Paul la estuvo mirando unos instantes a la cara. De pronto tiró de ella hacia sí y sus bocas quedaron nuevamente unidas.

Apenas habían iniciado el beso, oyeron una voz:

—¿Me vende un kilo de harina, señorita Pointer?

Los jóvenes se separaron por segunda vez, interrumpiendo el beso.

A la entrada había un hombre de cabello rojizo y, cara pecosa.

Lydia dio un suspiro mientras componía su peinado.

—Está visto que la cosa no marcha, Paul.

Asker le pellizcó la barbilla.

—Es mi negra suerte —dijo sin perder la sonrisa y, regresando a la otra parte del mostrador con un ágil salto, salió por la puerta de la calle.

CAPÍTULO XII

Dan Charles escuchó a Sam Jaffe, uno de sus hombres de confianza.

—Sí, señor Charles. Ahora Paul no está solo. Le hacen compañía dos tipos.

—No lo comprendo. Palabra que no lo comprendo. Scott era un buen *gun-man* y se llevó a cinco de los mejores. ¿Cómo pudieron caer sin herir siquiera a ninguno de los tres hijos de perra?

—Para mí resulta sencillo. Ese Paul Asker es listo como el demonio. Distrajo a Scott y a los demás para buscar el momento propicio.

—¿Y por qué el imbécil de Scott picó el anzuelo?

—Ya sabe, Scott era un tipo demasiado engreído.

—Sí, eso es cierto.

Charles dio un suspiro, sacó el pañuelo y se enjugó el sudor de la cara.

—Hace un calor terrible… ¡Lee!

El gigante entró por la puerta.

—A la orden, jefe.

—Prepárame una limonada.

—¿A cuál de ellas quiere? ¿A la rubia o la morena?

—¡Dije una limonada, estúpido!

—Ah, ya, jefe. Yo pensé en lo otro. Se la traigo como el rayo.

—Añade unas gotas de *whisky* para quitarle el mal sabor.

Buschman hizo un gesto afirmativo y salió de la estancia. Regresó al cabo de unos minutos portando una bandeja en la que estaba el vaso de refresco.

Charles debió un trago e hizo chasquear la lengua.

—Sam, esto hay que arreglarlo inmediatamente.

—Póngame al frente de veinte hombres y me dejaré caer por el pueblo. Esos tres tipos vivos quedarán hoy mismo para criar gusanos.

—Tú sabes que no me gustan esos alardes de fuerza. La población se atemorizaría y verían en mí lo que en realidad soy: un tipo que quiere aprovecharse de todos.

—¿Qué se le ocurre, entonces?

—Tengo que pensar algo eficaz.

Buschman intervino:

—Si me deja que aporte una idea quizá les resulte interesante.

—¿De qué se trata, Buschman?

—Soy un especialista en hacer tartas de manzana. ¿Qué le parece esto? Ponemos un buen veneno, le mandamos una tarta a Asker y él y sus amigos se la comen y echan las tripas por la boca.

Charles permaneció un rato mirando la cara sonriente de Buschman y luego dijo:

—Anda, Sam, demuéstrale al muchacho nuestro agradecimiento por su luminosa idea.

El puño de Sam Jaffe partió veloz hacia el mentón de Buschman. Sonó un chasquido y el gigantón se fue a estrellar contra la pared.

—Pero, jefe… —exclamó con voz dolida—. ¿Qué mal he hecho yo?

—Sal fuera, bruto. Tú sólo sirves para guardar la puerta y ni siquiera te sirvieron tus músculos cuando se llegó aquí de visita Paul Asker.

—Ya sabe que me pilló descuidado.

—¡Largo!

Buschman bajó la cabeza y desapareció por la puerta.

Charles se recostó en la silla con el vaso en la mano y un humeante cigarro en la otra.

—Tengo el presentimiento de que no va a ser necesario que vayamos a buscarlos, Sam.

—¿Qué le va por la cabeza?

—Yo veo las cosas así —hizo una pausa y cerró los ojos agregando—: Paul Asker debe estar cansado ya de que le envíe pistoleros.

—Seguro, jefe.

—Ahí lo tienes, muchacho. Si está cansado, ¿qué es lo que puede hacer él para evitar seguir enfrentándose con mis muchachos? —La verdad es que no lo sé.

—El vendrá aquí.

—¿Cómo?

—Ya lo oyes. Se dejará caer por aquí con sus dos amigos.

—¿Para qué?

Charles abrió los párpados y quedose mirando a su lugarteniente.

—Me pregunto dónde tenéis la cabeza. ¿De qué os sirve? Sois incapaces de pensar por vosotros mismos. Paul Asker y sus amigos querrán acabar de una vez con el asunto y para ello solo existe un medio.

—Cazarlo a usted, jefe —sonrió Sam.

—Sí, muchacho. Ahora has dado en el clavo. Estoy seguro de que Paul Asker querrá enfrentarse conmigo cara a cara.

—Infiernos, entonces no dejaremos de él ni los huesos. Aquí somos treinta hombres. Ahora mismo los dispongo alrededor de la casa para cuando lleguen.

—El más pequeño de los insectos tiene más seso que tú, Sam. ¿Cómo se va atrever Paul Asker a venir aquí de día? Él sabe perfectamente que sería hombre muerto.

—Empieza a hacerse la luz en mi cerebro. Usted piensa que va a venir cuando sea de noche, al amparo de la oscuridad.

—Sí, Sam. Ni más ni menos.

Jaffe se masajeó el mentón.

—Para el caso va a ser lo mismo, ¿no lo cree, señor Charles?

—Lo vamos a arreglar bien, Sam.

—¿De qué?

—Apostaremos bien a los hombres, pero de tal forma que cuando ellos pongan los pies en la hacienda crean que nos han sorprendido. ¿Lo vas entendiendo? Va a ser una hermosa trampa. Sí, señor. —Charles sonrió—. Asker y esos dos amigos que le han salido de pronto se meterán en la ratonera sin ellos saberlo. Y cuando estén bien dentro, haré saltar el cepo que los parta por la mitad.

Jaffe rió a golpes.

—Esa idea sólo se le podía ocurrir a usted, jefe.

—Recuérdame que te aumente el sueldo.

Sam rió más estremecidamente, pero de pronto quedó serio.

—Oiga, señor Charles, ¿y si usted estuviese equivocado?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabe, a eso de que vengan esta noche.

—Podría fallar pero estoy dispuesto a apostar unos cuantos miles a que acertaré.

—Muy bien. En tal caso, voy a disponerlo todo.

—Sí, Sam, pero asegúrate bien. No quiero que se percaten hasta que estén en el bote.

—Descuide, jefe. Luego le contaré cómo lo he hecho y estoy seguro de que me va a dar la enhorabuena.

—Eso espero, Sam.

Jaffe hizo un saludo con la mano y salió del despacho.

—¡Buschman! —gritó Charles.

El grandullón apareció en el despacho.

—Diga, jefe.

—Prepárame una limonada.

Buschman fue a retirar el vaso que Charles había dejado sobre la mesa y Dan exclamó:

—¡No, estúpido! Ahora me refería a lo otro.

CAPÍTULO XIII

Paul y sus dos amigos se encontraban en la habitación del hotel Bass City que habían alquilado. En el lecho más cercano a la ventana estaba tendido Paul y el otro lo compartían Marck y Bud.

Los tres descansaban con las manos bajo la nuca.

—¿Es eso cierto, Paul? —preguntó Bud.

—¿El qué?

—He oído decir que te has chiflado por una muchacha.

—Habladurías.

—Me refiero a la nieta del almacenista.

—Sí, ya me lo figuro.

—No estoy yo tan seguro de que esta vez la gente no acierte.

—¿Por qué lo dices?

—Te he echado una docena de miradas durante las dos horas que llevamos aquí tendidos y te he visto sonreír tres veces. Cuando un hombre se abstrae de esa forma, es porque está enamorado.

—¿Cuántas veces han sonreído así tú, Bud?

—No sé. He perdido la cuenta.

Marck chasqueó la lengua.

—Si Paul se nos casa, se acabó el trío. Haríamos un mal negocio todos.

Paul se irguió en la cama hasta quedar sentado y miró a sus compañeros.

—Oídme, muchachos. Un hombre debe sentar la cabeza.

—Claro que sí —dijo Bud—. Y casarse y tener hijos.

—Así es —convino Paul—. Un hombre debe echar raíces en alguna parte. No puedo ir de un lado a otro sin pertenecer a nada ni a nadie.

Marck y Bud lo miraron con la boca abierta.

—Oye —dijo Marck—. Siempre te has distinguido por ser poco hablador y ahora, de pronto, sueltas cada frase que tumba.

—Claro que sí —dijo Bud—. Eso es otro síntoma de que está enamorado.

—¡Vete al infierno! —exclamo Paul—. ¿Es que mi hombre no va a poder hablar?

Bud soltó una risita.

—Acaba de dar el tercer sintonía. Se enfada con sus amigos cuando le pican.

Paul saltó de la cama.

—Está bien. Me interesa la chica. ¿Qué pasa?

Marck hizo una mueca.

—Pasar no pasa nada, pero te acompañaré en el sentimiento. Ya te veo detrás del almacén vendiendo queso.

Bud atrapó una colcha y se la puso alrededor de la cintura. Luego sonrió hacia una clientela invisible mientras parodiaba:

—«¿Cómo está, señora Kingston? Acabamos de recibir unos quesitos de Holanda que vienen justos para el quinto mes de embarazo…». «Oh, señora Astor, ¿se recobró ya su marido de las paperas? ¿No?… Ayer mismo me enviaron de la ciudad el mejunje que usted necesitaba: “Las Gárgaras Misteriosas del doctor Rusk”. Dele a beber a su marido y, si no muere a la tercera toma quedará curado… “Caramba, señora Merrill, ¿ha visto que encaje tan bonito nos han traído de Bruselas para las niñas que se van a casar? Su hija estaría encantadora, señora Merrill…»”.

—¡Ya basta! —exclamó Paul.

Bud dejó caer la colcha en el suelo y se contorsionó de risa.

—¿Qué te parece, Marck, cuando se lo contemos a los amigos? El gran Paul Asker vendiendo en un almacén a las señoras emperifolladas de la ciudad.

Marck se palmeó un muslo y este mecióse de risa a punto de sufrir un ataque.

Paul se llegó rápidamente ante el lavabo, se pasó el peine dos veces por el cabello, y cubriéndose con el sombrero, salió de la habitación pegando un fuerte portazo.

Ya en la calle, echó a andar hacia el *saloon* La Luna.

Al pasar junto a la puerta de la empresa dé Pompas Fúnebres oyó un ruido ensordecedor. Miró hacia dentro y vio a no menos de

doce hombre trabajando febrilmente. Entró en el *saloon* y pidió un *whisky* a Tad Bates, quien se apresuró a escanciar en el vaso.

En el establecimiento había una veintena de hombres que habían quedado en silencio al entrar el joven.

Asker bebió un trago y se puso a liar un cigarrillo.

De repente oyó una voz que llegaba desde el fondo.

—Lo voy a matar, Asker.

Paul identificó aquella voz. Pertenecía a Odgen Stevens, el tipo de los dados a quien había tumbado unas horas antes.

Alzó los ojos y lo vio reflejado en el espejo de enfrente.

Odgen esgrimía un «Colt» 45 con la diestra.

A Paul le bastó mirar el cañón para saber que Odgen lo estaba apuntando al centro de la espalda, entré los dos hombros… Si hacía fuego sería un disparo mortal.

—¿Qué te pasa, Steven?

El grandullón sonrió.

—A partir de hoy voy a ser un famoso personaje y eso se lo deberé a usted.

—Ya entiendo. Usted me liquidará y cree que será muy respetado.

—Hasta podré exhibirme en los teatros. Odgen Steven, el hombre que mató a Paul Asker. Seguro que ganaré una buena bolsa.

—Continué tirando los dados y ganará más.

Steven meneó la cabeza en sentido negativo.

—No, Asker. Usted me humilló.

—¿Quién fue el que primero empezó, Steven? Desde el primer momento usted me miró de mala manera.

—La verdad es que no me resultaba simpático.

—Usted tampoco a mí, pero de eso no tenemos ninguna culpa nosotros dos.

—La gente del pueblo me dará las gracias. Usted se ha convertido en un peligroso pistolero que va disparando sin ton ni son.

—Se equivoca respecto a eso. Sé contra quién disparo y por qué disparo.

—Todos los de su clase tienen una respuesta pronta en los labios para justificar sus *masacres*. Usted no es una excepción, señor Asker.

—Tómeselo con calma. Yo sólo le sacudí un puñetazo cuando

usted me comprometió. —Deje de hablar. No le va a valer de nada.

—Entonces, ¿va a disparar?

—Seguro.

Paul vio cómo Odgen avanzaba hacia él hasta quedar a unas seis yardas. Nadie había abierto la boca para interceder en su favor.

De repente Asker vio por el rabillo del ojo que las puertas de vaivén se abrían y gritó:

—¡No dispares, Marck!

Al mismo tiempo se dejó caer en el suelo desenfundado en el camino.

Durante una fracción de segundo los ojos de Steven fueron hacia la puerta.

Fue el momento que aprovechó Paul para disparar. La bala golpeó contra el revólver que esgrimía Steven y lo lanzó por el aire.

La cara de Odgen se puso cárdena al ver que el hombre que había entrado en el local no era uno de los amigos de Asker, sino Bill Malley, uno de los clientes habituales. Asker lo había engañado.

El joven se puso en pie con el revólver en la mano.

Los labios de Steven se estremecieron.

—¿Qué va a hacer, Paul?

—Debí matarlo hace un momento cuando disparé pero he querido demostrarle que no tengo nada contra usted.

Odgen guardó silencio.

Se oyeron carreras por la acera y en el local penetraron Marck London y Bud Harlem.

Al ver la escena que se ofrecía a sus ojos, ambos dieron un suspiro de alivio.

—¡Demonios! —exclamó Bud—. Creí que había empezado el festejo sin nuestra presencia.

Marck torció la boca.

—Sólo fue el grandullón que quiso tomarse la revancha.

Paul Asker habló de nuevo a Steven.

—Soy yo quien quiere hacerle un ruego a usted, Odgen. Déjeme en paz.

Steven bajó la mirada al suelo.

—Lo siento. Ahora sé que he estado equivocado respecto a usted.

Paul hizo girar el revólver en el índice y lo devolvió a la funda.

Apuró el contenido de su vaso, y, después de dejar una moneda sobre el mostrador echó a andar.

—Vamos, chicos.

Los tres amigos salieron fuera. El sol había terminado de ocultarse.

—¿Llegó el momento? —preguntó Marck.

—Si —dijo Paul—. Vamos a los caballos.

Fueron al establo del hotel Bass City y ensillaron rápidamente. Salieron a la calle Mayor.

—¡Eh, Paul! —Oyó de pronto Asker que lo llamaba Lydia.

Paul se apartó de sus compañeros y se detuvo delante de la joven, ante el almacén.

—Dime, Lydia.

—¿Adónde vas?

—Quiero enseñar a mis amigos los alrededores.

—No te creo.

—¿Por qué no?

—¿No puedes estar un minuto tranquilo? Presiento que vas en busca de la muerte.

—Nunca la he buscado. Por lo menos, no he pensado en ello.

—Pero esta vez tienes muy pocas probabilidades de seguir viviendo, Paul. ¿Es que no te das cuenta?

—Sí, Lydia. Me doy cuenta de todo. Pero uno debe cumplir con su obligación hasta el final.

—Oh, Paul, ¿qué podría decir para convencerte?

—Nada. No puedes decir nada.

La joven lo miró con ojos llenos de lágrimas.

—Apenas te conozco y ya te quiero más que a nada en el mundo.

—Yo también te quiero a ti, Lydia, y pienso volver a tu lado.

Inmediatamente, espoleó su cabalgadura y la lanzó al galope, al tiempo que hacía una señal a sus compañeros.

Lydia quedó inmóvil en la calle hasta que los tres jinetes desaparecieron por el último recodo.

CAPÍTULO XIV

Habían dejado los caballos bajo un roble y ahora avanzaban en la oscuridad, hacia la hacienda de Dan Charles.

La casa estaba al fondo y la luz de un quinqué se filtraba por una de las ventanas de la parte baja.

Los cobertizos de los *cow-boys*, cuya edificación se recortada sobre el cielo, aparecían a oscuras.

—¿Cuál es tu plan con respecto a Dan Charles? —pregunto Bud.

—Quiero obligarlo a que haga una confesión de todas sus tropelías. Luego, le entregaré al *sheriff*.

Bud emitió una risita.

—No será hasta que yo le haya dado un buen pase. Eso que me has contado de lo que hizo con Riley no me ha gustado nada, ni tampoco lo del viejo ni todo lo demás.

—Soy yo el que da las órdenes —les recordó Paul.

—Está bien, jefe.

—Hay un patio a la derecha. Yo saltaré y os abriré la puerta. Entretanto esperaréis aquí.

—No tardes mucho.

—Díselo a los centinelas.

Paul se acercó al muro y tanteó con las manos. Encontró algunos desconchados que le sirvieron para trepar a lo alto. Desde allí miró hacia la otra parte esperando ver a alguien pero se llevó una sorpresa porque no encontró a ningún centinela. Entonces se descolgó y, cuando sus pies tocaron al suelo, permaneció un rato a la escucha. No llegó a sus oídos ningún ruido y entonces caminó hacia la puerta. Le costó algún trabajo abrir porque debía evitar que el cerrojo chirriase. Al fin lo consiguió y, poniéndose en el hueco,

levantó el brazo hacia el lugar donde lo esperaban sus amigos. Marck y Bud corrieron a su lado y miraron a su alrededor en busca de hombres que estuvieran desvanecidos.

—Caramba —dijo Bud—. Y tú lo habías pintado difícil. Esto es como un paseo por la calle mayor de Abilene.

—Es lo que menos me gusta —repuso Paul.

—Siempre tan optimista —retrucó Bud—. Te dan facilidades y tú le buscas los tres pies al gato.

—Dan Charles es un tipo muy astuto.

—Se habrá confiado. ¿Cómo puede suponer que nosotros íbamos a atrevernos a venir aquí?

—Ojalá aciertes —dijo Paul—. Vamos hacia la casa. Pero sacad los revólveres y estad preparados para cualquier sorpresa.

Desenfundaron las armas y echaron a andar, Paul al frente.

Nada venía a turbar el silencio.

Al llegar bajo una arcada, Paul dijo:

—Yo me acercaré a la ventana. Esperad aquí.

Caminó hacia la ventana por la que se filtraba la luz.

Llegado a la pared, se detuvo unos instantes mirando a todas partes. Un sexto sentido le advertía que todo aquello era muy extraño.

Cuando llegó junto a la ventana asomó la cabeza poco a poco y vio a Dan Charles sentado en un sillón, leyendo el diario.

De súbito un objeto duro se clavó en su espina dorsal.

—¿Curioseando, señor Asker?

Fue a revolverse pero la voz dijo:

—No haga eso o precipitará su final.

Volvió la cabeza hacia donde estaban sus compañeros y los vio con los brazos en alto porque también habían sido sorprendidos.

Se mordió el labio inferior hasta sentir el sabor acre de la sangre.

No había querido hacer caso a su premonición y ahora lo iba a pagar, pero lo peor de todo era que Marck y Bud también tendrían su final.

Los hombres que habían capturado a Marck y Bud llevaron a éstos junto a Paul. Inmediatamente fueron desarmados.

Bud hizo una mueca.

—Tú tenías razón. Ese Dan Charles es un hombre astuto.

De pronto se abrió la ventana y una voz dijo:
—¿Hablaban de mí, señores?
Paul vio la cara del tirano de Bass City.
—Buenas noches, señor Asker y la compañía.
Bud dijo:
—¿Es éste el cerdo?
Un hombre le propinó un culatazo en la cabeza y se derrumbó.
Marck fue a acometer al agresor de Bud, pero el forajido que estaba detrás de él lo amenazó.
—Muévete una pulgada y te parto en dos.
Paul intervino.
—Quieto, Marck. No perdamos la cabeza.
Bud, de rodillas en el suelo, se apretó el lugar donde lo habían golpeado.
—Maldita sea, por poco me sacan los sesos.
Dan Charles se echó a reír.
—Señores, ahí hace ya un poco de fresco. ¿Por qué no entran en la casa? Soy conocido en la comarca por mi buena predisposición hacia mis visitas.
Marck escupió hacia la columna.
—Eso no lo dudamos.
Paul hizo una inclinación.
—Aceptamos su hospitalidad, señor Charles.
—Es un honor, amigo Asker. Anda, Jaffe. Tráelos aquí.
Los tres prisioneros fueron conducidos a la habitación en donde se encontraba el dueño de la hacienda.
Paul se dijo que la situación era harto difícil para él y sus amigos.
En aquella estancia había ocho hombres, cinco de los cuales tenían el revólver en la mano.
Dan Charles se había sentado otra vez en el sillón y ahora dirigió una mirada burlona a sus víctimas.
—Ustedes tres han hecho mucho mal.
—Soy el único responsable —dijo Paul.
—Usted ha sido el principal promotor de todo lo que ha pasado, Asker, pero sus dos amigos le prestaron ayuda.
Marck se miró las uñas.
—Oiga, Charles, ¿es esto un juicio? —Exactamente.

—¿Quién es el juez?

—Yo.

—¿El jurado?

—Yo.

—¿El fiscal?

—Yo también.

—Sólo falta que me diga dónde está el abogado defensor.

—Es un honor para mí defenderlos —respondió Charles sin perder la sonrisa.

—Empiece nuestra defensa pero procure ser convincente.

—Señor Asker, me voy dando cuenta de que sus dos amigos son realmente dignos de usted. Qué lástima que no se decidiese a tiempo a trabajar conmigo.

Bud saltó.

—Cuente con nosotros, puerco.

El hombre que tenía más cerca fue el que lo golpeó ahora junto a una oreja.

Bud volvió a caer de bruces en el suelo y quedó inmóvil.

Marck hizo rechinar los dientes mirando al hombre escuálido que acababa de golpear a Bud.

—Si te pillo alguna vez por mi cuenta, te lo voy a hacer pagar, bastardo.

El aludido dio un paso para castigar también a Marck pero Charles intervino:

—Quédate quieto, Morris.

—Estos tipos me ponen nervioso —respondió el llamado Morris.

Charles juntó las yemas de los dedos sobre el pecho como si fuese a recitar una oración.

—Ese amigo rubio de usted, señor Asker, ha resultado un testarudo.

—Se pone nervioso cuando peligra su vida. Discúlpele el defecto.

—Claro que sí. Es un defecto que en las presentes circunstancias estoy dispuesto a pasar por alto. Ahora van a oír mi sentencia.

—Adelante, Charles.

—Los condeno a ser colgados de los tobillos, ser izados hasta una altura de tres metros, a que les matan la cabeza en un cubo de agua… y a que permanezcan así basta que hayan exhalado el último

suspiro.

Paul Asker sacudió la cabeza.

—Es una bonita muerte.

—Celebro que les guste —sonrió satisfecho Charles.

En ese instante, Bud atrapó desde el suelo el tobillo del hombre que tenía más cerca y tiró de él con todas sus fuerzas.

Paul estaba esperando aquel momento y cuando el tipo se vencía hacia él, le salió al encuentro en un salto rapidísimo golpeándole en la mano armada. Pero se necesitaba un tercer hombre para realizar el número y allí estaba Marck para eso. Se puso en cuclillas y cazó en el aire lo que soltaba el forajido.

Casi instantáneamente empezó a disparar.

Paul y Bud no estuvieron quietos, Asker soltó un trallazo en el mentón de un rollizo pelirrojo y Bud atrapó el revólver que soltó el hombre que recibía la primera carga de plomo enviada por su compañero Marck.

El tipo impulsado por Asker cayó sobre tres hombres quitándoles puntería.

Paul tuvo su oportunidad de apoderarse también de un arma.

Por fortuna para él y para Bud, Marck había atraído toda la atención de los pistoleros. Pero Marck estada rodando por el suelo mientras disparaba.

Asker y Bud se pusieron a soltar plomo desde los distintos lugares donde habían ido a parar.

El despacho crujió como un hervidero y el aire se llenó de humo y de aullidos de muerte.

Dan Charles saltó de la silla también con el revólver en la mano.

Paul vio claramente que el déspota lo iba a clavar contra el suelo a balazos.

Giró velozmente y apretó el gatillo una, dos, tres veces.

Charles se contorsionó espasmódicamente al recibir la ración de plomo. Tropezó con el sillón y dio una voltereta cayendo por el otro lado.

Los tres amigos continuaron disparando hasta que sus revólveres quedaron exhaustos.

Para ese momento no había ningún enemigo de pie. Los tres se levantaron resoplando y Bud gimió tocándose los, chichones.

—Infiernos, ese truco lo hemos empleado ya tres veces y siempre

soy yo el herido. La próxima vez será Marck quien tenga que hacerse el gallito para recibir los tortazos.

Paul sonrió.

—Tú lo haces bien.

En el patio se oían voces, pero era indudable que nadie se atrevía a entrar.

—Bueno, chicos, cojamos nuestros revólveres y salgamos de aquí.

Alcanzaron sus revólveres y Paul abrió la ventana que daba al patio.

—¡Óiganme bien todos! ¡Dan Charles ha muerto, así como los tipos que estaban aquí dentro! Mis dos amigos y yo vamos a largarnos. Dejen paso libre y todo acabará bien.

Contestó uno de los tipos que había fuera.

—Está bien, señor Asker. Pueden marcharse. Nada tenemos que ver con usted.

Paul saltó rápidamente y buscó la protección de una columna del patio por si aquellos hombres no cumplían su palabra. Pero nadie hizo fuego.

—Vamos, chicos —dijo a sus amigos.

Bud y Marck saltaron por el hueco de la ventana.

Entonces Paul echó a correr hacia la puerta.

Brotó un fogonazo de una de las esquinas del patio y una bala silbó estrellándose contra la puerta.

Paul se lanzó al aire y rodó por el suelo.

Sus dos amigos que estaban en la arcada vomitaron plomo hacia el lugar de donde había partido la bala traidora.

Asker siguió rodando hasta escapar por el hueco pero, una vez a la otra parte del muro, se volvió rápidamente y, de bruces en el suelo, disparó una y otra vez contra los forajidos.

Se oyeron los golpes que producía los cuerpos al desplomarse.

Poco a poco cesó el tiroteo.

Paul gritó:

—¿Estáis bien, chicos?

—Perfectamente —contestó Marck—. Vamos a acabar con ellos.
Esas palabras de Marck sirvieron para que los pistoleros supervivientes emprendiesen la carrera hacia la parte trasera de la casa.

Marck y Bud aprovecharon aquella oportunidad para salir del patio. Luego, los tres amigos corrieron hacia donde habían dejado los caballos y, saltando a las sillas, emprendieron el regreso a Bass City.

CAPÍTULO XIV

Esther Riley estrechó la mano de Paul Asker.

—Es usted maravilloso, Paul.

—No diga eso, señora Riley.

—Gracias a usted, los asesinos de mi marido han recibido su castigo y mi hijo y yo conservamos la propiedad, una propiedad que gustosamente compartiremos con usted.

Paul se rascó una patilla.

—De eso quiero hablarle, señora Riley.

La entrevista se celebraba en la cabaña.

Tras la pausa, Paul dijo:

—No quiero la mitad de lo que según usted me ofreció su marido, sería demasiado.

—Oh, no diga eso, Paul. Nosotros no habríamos tenido ninguna parte si no se hubiese jugado la vida.

—Continuaré siendo socio suyo pero con la condición de que me dé solamente un tercio de lo que se saque. Si no admite mi oferta, no tendré más remedio que retirarme de la sociedad.

La señora Riley sonrió.

—Lo creo a usted capaz de ello, de modo que no tendré más remedio que aceptar lo que decida usted.

—Está hecho, Esther.

El pequeño Riley entró en la casa y saltó sobre Paul, quien lo cazó en el aire.

—¿Cómo ha ido esta mañana tu tiro al blanco?

—De primera. Acerté tres veces.

—Me alegro mucho. Ahora tengo que ir al pueblo, para buscar un lugar donde instalar nuestras oficinas. Mañana mismo pediremos el material necesario para empezar las perforaciones.

Asker, vistiendo un flamante traje gris y sombrero «Stetson» y botas relucientes, estrechó contra sí a Lydia en la puerta del almacén.

—¿Vendrás pronto a la oficina? —preguntó ella.

—En cuanto termine de examinar unos documentos te haré una visita.

Hacía tres meses que se habían casado y después de un viaje de bodas que los llevó a Nueva Orleans habían regresado el día anterior al pueblo.

La explotación del petróleo en el valle ya estaba en marcha. Todos los días se levantaban nuevas casas en la ciudad. Bass City se iba a convertir en un emporio de riqueza.

—Quieren ofrecerte un homenaje al sábado próximo, Paul —dijo Lydia.

—No me gustan esas cosas.

—Tú eres un hombre importante y ahora te debes a la comunidad en que vives.

—Sigue sin gustarme.

—Pues vete haciendo el ánimo porque no quiero que mi hijo tenga un padre insociable. Después de todo, sólo faltan ocho meses para que haga su presentación.

Paul quedó con la boca abierta.

—¡Lydia! —acertó a decir solamente.

Ella, riendo, se le colgó del cuello.

—Sí, Paul. Vamos a tener un pequeño.
gun-man

Asker la apretó contra sí y empezó a besarla en los ojos, en la boca, en la frente.

Del interior del almacén llegó la voz de Bud:

—Vea, vea, qué calidad de tejido, señora Mortimer… Observe qué finura… Recién traído de Saint Louis.

Después de Bud habló Marck:

—¿Qué le parece, señorita Thomson? Fíjese qué botones de nácar para una blusa. Sí, señor, va a tener un envoltorio para su… para su… orografía.

—¡Condenación! —exclamó el viejo Pointer—. ¡Lo que me he perdido por no haber sabido contratar a tiempo a dos
gun-man

como ustedes!

Paul y Lydia, que estaban mirando hacia el interior del almacén, estallaron en risas, y cuando quedaron serios, unieron sus bocas en un amoroso beso.

FIN